R40565

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

CONDE DE CASA-VALENCIA

EL 30 DE MARZO DE 1879

BIBLIOTECA · REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1879

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

CONDE DE CASA-VALENCIA.

SEÑORES:

Al honrarme con vuestra eleccion, mostrando ántes benevolencia que justicia, me habeis puesto en sincero agradecimiento, procurándome al propio tiempo una de las mayores, más lisonjeras y más deseadas satisfacciones de mi vida. Con razon se ha dicho que á estas Academias vienen unos por derecho propio, contándose en este número los escritores célebres y los afamados oradores, y otros por exclusiva bondad de la corporacion; siendo aquéllos los individuos de la familia, miéntras que éstos deben ser considerados como los amigos de la casa. Á los últimos pertenezco, sin duda, y á reconocerlo me resigno pensando que los parientes se aceptan y los amigos se escogen.

Nuevo ejemplo advierto ahora, de que pocas veces dejan de andar en este mundo unidas con las alegrías las penas. A mi contentamiento por venir á ocupar un puesto entre vosotros, acompaña involuntaria tristeza recordando al ilustre académico el Excmo. Sr. D. Patri-

cio de la Escosura, cuya pérdida siempre lamentaremos. Su talento tan general y espontáneo, la agudeza de su sarcástico ingenio, la jovialidad de su carácter y la amenidad de su trato, hacian que fuera al par que muy querido de sus amigos, simpático y agradable hasta para sus adversarios. Reflejando en su agitada existencia la instabilidad y las perturbaciones de la época en que vivia, desempeñó destinos de índole muy diversa y cultivó casi todos los géneros literarios. Oficial de artillería, Gobernador de provincia, Comisario régio en Ultramar, Consejero de la Corona y Ministro plenipotenciario, ha dejado para justificar su reputacion de escritor, algunos volúmenes de la historia constitucional de Inglaterra, un poema épico en que canta las portentosas hazañas y proezas de Cortés en el nuevo mundo, poesías líricas, comedias, dramas, novelas y multitud de artículos críticos. Llevado de su facilidad para el trabajo y un tanto de su aficion á la novedad, acometió tambien la difícil y enojosa empresa de publicar un diccionario de administracion, que inesperadas circunstancias le impidieron llevar á feliz remate. Su fecundidad y sus gustos literarios no disminuyeron con el cansancio de la edad ni con el peso de los desengaños. Puso á sus dias término la muerte, ántes de que él ponerlo pudiera á la interesante novela *Un proceso militar*, y á la série de artículos en que intentaba probar que unos desgraciados amores de Moratín, habian inspirado su mejor y más perfecta comedia á aquel autor insigne. Y tambien entónces se ocupaba en los públicos negocios, tomando parte con frecuencia en los debates del Senado, en donde tenía la honrosa representacion de esta Academia. En el último discurso que pronunció en la alta cámara, pocos meses ántes de su fallecimiento, sobre los intereses y el

porvenir de España en el rico archipiélago filipino, lució gallardamente la difícil facilidad y el agradable estilo que eran las galas principales de su elocuencia, cautivando cual siempre á su auditorio. Mejor que yo podeis todos vosotros dar testimonio de su infatigable y provechosa laboriosidad, y de que no muchos le igualaban y acaso ninguno le aventajaba en entusiasmo por la patria literatura, y en constante afan por conservar la pureza de nuestra hermosa lengua española.

Cuando el Sr. Escosura ascendió á la categoría de académico de número en Febrero de 1847, despues de ser honorario desde 1843 y supernumerario desde 1845, no se daba solemnidad alguna á la recepcion de los elegidos. Pero en aquel mismo año se introdujo novedad plausible en este punto, y ya en 7 de Noviembre leyeron notables discursos en sesion pública, al tomar posesion de sus cargos, el sabio D. Alejandro Oliván, el elocuente D. Nicomedes Pastor Diaz y nuestro colega el célebre autor de *Los Amantes de Teruel*; dando contestacion á los tres á un tiempo mismo D. Francisco Martinez de la Rosa, que á la sazon presidia esta Academia. Desde entónces las recepciones de los nuevos académicos han ido ganando en importancia, y las gentes en gran manera las han favorecido acudiendo presurosas á presenciarlas. Pero la novedad de mayor trascendencia y significacion, y sin duda la más agradable, es la asistencia ahora constante de las señoras, ántes apartadas de estos actos y alejadas de este recinto hasta época no lejana. ¿Es debida por ventura á pasajera moda, que desaparecerá fácilmente sin dejar rastro alguno, y á curiosidad nacida de la poca frecuencia de estas sesiones, ó proviene de aficion espontánea fundada en la mayor instruccion y en el gusto más decidido por los estudios literarios? Esta

última causa es en mi sentir la cierta, y merece la aprobacion y el aplauso de cuantos con sinceridad se interesan por la elevacion del nivel intelectual en nuestra patria. La ilustracion no progresa, ni se difunde, ni se arraiga sobre sólida base en los países en que la mujer recibe educacion incompleta, superficial y limitada. Recordando algunos de los muchos títulos que la mejor mitad del género humano tiene á nuestro agradecimiento y á nuestro cariño, ha dicho el inolvidable Breton de los Herreros:

¿Por qué tu desprecio llora
la que con paciencia santa,
cuando niño te amamanta,
y cuando jóven te adora,
y cuando viejo te aguanta?

Sin rebajar en manera alguna estos merecimientos, ciertamente grandes, que sólo puede negar algun egoista ingrato, hay que reconocer que ántes de adorarnos y aguantarnos, la mujer forma casi siempre nuestro corazon, al par que nos inspira las primeras creencias y nos sugiere las primeras ideas que en nuestra inteligencia germinan. Debe interesarnos, por lo tanto, en gran manera que á la bondad una la mujer sólida y escogida instruccion. No poco se equivocan los que piensan que su educacion esmerada y literaria es reciente importacion extranjera, acaso perjudicial y sin duda opuesta á nuestro carácter y á nuestras costumbres. España es la nacion europea en que ántes que en otra alguna han brillado eminentes escritoras; y las ha habido muy notables en todas las épocas importantes de nuestra historia, lo propio en el presente que en los tres siglos anteriores. Bien se puede afirmar, sin temor

de razonable y fundada contradiccion, que en nuestro país la instruccion de la mujer no se ha mirado con indiferencia y descuido, sino en dias de abatimiento y decadencia, cuando estaba bastante autorizada, como aconteció tambien en el primer tercio del siglo décimo octavo, la absurda opinion, ya por dicha desacreditada muchos años hace, de que toda clase de ilustracion era perniciosa á las mujeres. Para demostrar la verdad de estas aseveraciones, que algunos pudieran creer exageradas, voy á hablar de las escritoras españolas de mayor mérito y celebridad, si bien habré de hacerlo en breves términos, que la falta de espacio no consiente tratar con extension este asunto, ni es necesario dirigiéndome á la Academia, que de cierto mejor que yo le conoce.

En los reinados de D. Juan II y de Enrique IV, tan tristes y lamentables en nuestros anales políticos, como interesantes por el desarrollo y lucimiento que en ellos tuvo la patria literatura, merece ya mencion especial la ilustre monja Doña Teresa de Cartagena, descendiente del celebrado obispo D. Pablo de Santa María, la cual, aquejada de penosas dolencias, pero dotada de claro talento y de erudicion selecta, escribió la *Arboleda de los enfermos*: «et fizo aquesta obra», como en el epígrafe declara, «á loor de Dios, é espiritual consolacion suya é »de todos aquellos que enfermedades padecen, porque »despedidos de la salud corporal levanten su deseo en »Dios, ques verdadera salut.» En este libro alegórico finge la autora que el furioso torbellino de las humanas pasiones, la arroja á una isla desierta, que llama *Oprobio de los hombres y abyeccion de la plebe*, en donde encuentra agradable descanso y sabroso alimento á la sombra de árboles frondosos y fructíferos, que representan los libros piadosos y las sagradas escrituras. A esta salva-

dora *Arboleda* recomienda que siempre acudan los enfermos á quienes aflijan pertinaces padecimientos del ánimo, seguros de hallar eficaz remedio á su mal con la pura y santa doctrina del evangelio. La originalidad del pensamiento, la novedad de las descripciones, lo armonioso del lenguaje y la gracia del estilo, dieron ocasion á los que entónces juzgaban á las mujeres incapaces de escribir libros formales y profundos, para creer que no era Sor Teresa autora de aquella obra. Con objeto de convencer de su error á los incrédulos, compuso una nueva con el título de *Admiracion de las obras de Dios*, en la que hacía gala de erudicion abundante, con citas frecuentes de los libros sagrados, de los santos padres, de filósofos y escritores profanos, sin omitir al italiano Boccacio, cuyos alegres cuentos probablemente no habria leido. En la dedicatoria á Doña Juana de Mendoza, dice Sor Teresa: «Muchas veces me es fecho en»tender, virtuosa señora, que algunos de los prudentes »varones, é asy mesmo fembras discretas se maravillan »ó han maravillado de un tratado que, la gracia divina »administrando mi flaco mugeril entendimiento, mi »mano escribió. E como sea una obra pequeña, de poca »sustancia, estoy maravillada; é non se creer que los »prudentes varones se ynclinasen á quererse maravillar »de tan poca cosa; pero si su maravilla es cierta, bien »paresce que mi denuesto non es dubdoso.» Bastó esta franca y digna declaracion, para desvanecer las dudas, quedando demostrado que Doña Teresa de Cartagena ocupaba con justo motivo lugar preferente entre las fembras discretas, siendo su entendimiento ántes vigoroso y robusto que débil, y sus escritos de los mejores entre los místicos y religiosos de aquel tiempo.

Con el advenimiento de la Reina Católica, de impere-

cedera memoria, que tan inmensos beneficios trajo á la nacion, tomó importancia suma la educacion literaria de las mujeres. Tenía aquella ilustre y virtuosa princesa levantados pensamientos, carácter firme y corazon magnánimo, que la impulsaban para acometer con entusiasmo y llevar con perseverancia á feliz término todas las grandes empresas. Su reinado es la mejor y más brillante página de nuestra historia. No hay suceso próspero ni reforma importante en aquella época que á su iniciativa no se deba. Por su amor tan contrariado y novelesco al infante D. Fernando, hubo España, uniéndose para siempre las monarquías de Castilla y Aragon, ántes con frecuencia rivales ó enemigas: por amor á sus leales súbditos, se redujo á silencio á los perturbadores y revoltosos y se asentó sobre sólidas bases la paz pública: por su amor á la religion

selló triunfante con la cruz divina
las torres de la Alhambra granadina

y al Africa tornaron los vencidos muslimes: por su amor á las ciencias, vinieron á estos reinos sabios extranjeros, se imprimieron numerosos libros, y la ilustracion se difundió rápidamente: por su amor á la gloria, surcaron las carabelas el no explorado océano y descubrió Colon un ignorado continente cuando sólo buscaba nuevo y más corto derrotero para las Indias. Del país anárquico de Enrique IV, hizo la nacion primera y preponderante de su tiempo. ¿Qué mucho que los españoles de todas épocas la hayan mirado con veneracion y la hayan elogiado con entusiasmo, considerándola como acabado modelo de mujer y de reina?

Alejada de la viciosa corte de su hermano, pasó gran

parte de su juventud en Arévalo, en donde halló espacio y sosiego para entregarse á la reflexion y al estudio, á que naturalmente propendia su carácter; y aprendió varias lenguas vivas, llegando á escribir la española con singular correccion y elegancia. No la enseñaron, sin embargo, latin, que tenía á la sazon especial importancia, por ser el idioma en que por lo general estaban escritos los libros más notables, el que usaban en la corte los extranjeros ilustrados, y el que se empleaba en las negociaciones diplomáticas. Mostró empeño Isabel en reparar este y otros defectos de su educacion juvenil, y despues de ceñida la corona, y á luégo de terminada la guerra con Portugal, sin que la desviaran de su propósito los asuntos públicos en que constantemente entendia, trajo á su lado á Doña Beatriz Galindo, ilustre dama, á quien sus contemporáneos llamaron *La Latina,* tan sabia como caritativa, que así conocia los clásicos antiguos, como fundaba hospitales para los pobres desvalidos, y con ella aprendió el latin, logrando en ménos de un año comprender sin dificultad los escritos y las conversaciones en aquel idioma.

Habia heredado de su padre D. Juan II, con el gusto para el estudio ,la aficion á los libros; y al par que los tenía escogidos y numerosos, hacía donaciones de ellos y procuraba facilitar su adquisicion al público. Todavía forman parte de la biblioteca del Escorial los preciosos restos de dos colecciones de libros que fueron suyas. La mayor constaba de 201 obras, de teología, de leyes civiles y fueros municipales de España, de clásicos latinos y griegos, de literatura moderna y libros de caballería, de historia, de moral, medicina, gramática y astrología. Para apreciar la importancia de esta biblioteca, conviene recordar que ántes de la introduccion de la imprenta, las colecciones de libros eran forzosamente pequeñas y poco

numerosas por el subido precio de los manuscritos. La mayor biblioteca de España á mediados del siglo XV, de que pudo tener noticia el erudito Saez, era la de los Condes de Benavente, y no excedía de 120 volúmenes, habiendo bastantes duplicados; y es sabido que las catedrales de nuestro país sacaban pingüe renta, alquilando sus libros en pública subasta al mejor postor. La Reina Católica regaló obras escogidas á la mayor parte de sus magníficas fundaciones. Dió una rica coleccion de manuscritos al célebre convento de San Juan de los Reyes de Toledo, y no se mostró ménos generosa con el de Santo Tomás de Avila. Atenta á procurar la ilustracion de sus súbditos en beneficio del estado, dictó justamente con su esposo D. Fernando en Toledo, en 1480, á los seis años de ocupar el trono, una ley, testimonio elocuente de su proteccion á la instruccion pública, cuyos preceptos dignos de tenerse en cuenta voy á trascribir. «Considerando los reyes de gloriosa memoria, quanto era »provechoso y honroso que á estos sus reynos se truxe»sen libros de otras partes, para que con ellos se hi»ciesen los hombres letrados, quisieron y ordenaron, »que de los libros no se pagase alcabala; y porque de »pocos dias á esta parte algunos mercaderes nuestros na»turales y extrangeros, han traido y de cada dia traen »libros buenos y muchos, lo cual parece que redunda en »provecho universal de todos, y en ennoblecimiento de »nuestros reynos; por ende ordenamos y mandamos, que »allende la dicha franqueza, que de aquí adelante todos »los libros que se traxeren á estos nuestros reynos, así »por mar como por tierra, no se pidan ni paguen ni »lleven almojarifazgo, ni diezmo, ni portazgo, ni otros »derechos algunos.» Sorprende agradablemente encontrar en tiempos de ignorancia y de rudas costumbres,

monarcas que proclaman que los muchos buenos libros traen beneficios para todos y ennoblecimiento para la nacion.

Con cariñoso esmero atendió la Reina á la educacion de sus hijos. Los más doctos maestros españoles y los famosos hermanos Alejandro y Antonio Geraldino, llamados con este objeto de Italia, recibieron el encargo de enseñar á la infanta primogénita Doña Isabel y á sus hermanas; al paso que el sabio catedrático de Salamanca, Fray Diego Deza asistido de otros reputados profesores, dirigia con acierto los estudios del malogrado príncipe D. Juan. Los resultados correspondieron plenamente á la solicitud materna. Los escritores coetáneos, y con mayores detalles Luis Vives en su tratado *De Christiana femina,* declaran su admiracion por la instruccion extraordinaria de todas las infantas; y de los conocimientos literarios de la menor de ellas, la desgraciada Reina, esposa primera de Enrique VIII de Inglaterra, dá en sus cartas Erasmo encomiástica noticia. Las virtudes y los ejemplos provechosos, como las aguas, cuando vienen de alto, con rapidez se extienden y difunden. Los jóvenes de la aristocracia, de quienes decia Pedro Martyr en 1492 «tienen como sus mayores en muy poca estima »la ocupacion de las letras, considerándolas como obs- »táculo para sobresalir en la profesion de las armas, única »que les parece digna de honor,» ganosos de imitar á la familia real, acudieron con entusiasmo despues de rendida Granada á las universidades, en las que llegaron á desempeñar cátedras los hijos del Duque de Alba, del Conde de Haro y del Conde de Paredes, pudiendo consignar con razon Giovio en su elogio de Lebrija, pasados algunos años, «que no habia español que se tuviera por »noble si no amaba las ciencias».

Muchas mujeres célebres sobresalieron entónces por su ilustracion y talento. La Marquesa de Moteagudo y Doña María Pacheco, hijas del Conde de Tendilla, descendientes del Marqués de Santillana, hermanas del historiador, novelista, poeta y diplomático D. Diego Hurtado de Mendoza, eran citadas por su conocimiento de los escritores griegos y latinos, lo propio que Doña Isabel de Vergara, noble dama de Toledo, cuyos hermanos tanto se distinguieron en el siglo XVI, y la ilustre segoviana Doña Juana de Contreras, que siguió correspondencia literaria en latin, dando muestra de gran elocuencia, con Lucio Marineo. En la universidad de Salamanca con aplauso explicó Doña Lucía de Medrano los autores del siglo de Augusto, y Doña Francisca de Nebrija con frecuencia suplió en la cátedra de retórica de Alcalá á su docto padre, que tanto contribuyó en nuestro país al renacimiento de los estudios clásicos. Como veis, no es novedad extranjera sino muy antigua costumbre española el magisterio de las mujeres en las universidades, y no tengo noticia de que en aquel tiempo desempeñaran cátedras públicas en ninguna otra nacion fuera de España.

De las muchas cartas que la Reina Católica escribió á sus hijas, á los prelados y magnates, sólo se conservan algunas de las dirigidas á su eminente confesor Fray Hernando de Talavera, para darle cuenta de sus contentamientos y de sus penas, ó para consultarle sobre difíciles negocios de estado. Seducen la modestia y la naturalidad que en ellas se advierten, siendo el estilo agradable y sencillo, sin afectacion ni amaneramiento que le desluzcan.

El provechoso impulso dado por Isabel á los estudios literarios y científicos produjo magníficos resultados, y

BIBLIOTECA · REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

desde entónces nunca faltaron escritoras que, recordando tan alto ejemplo, dejaran de cultivar la poesía, la comedia y la novela, ó que se dedicaran á componer obras místicas y religiosas. Fué una de las más notables la célebre Luisa Sigea, contemporánea y paisana de Garcilaso, autora de varios poemas latinos, cuya vida ha servido de asunto á una poetisa de nuestros dias para un libro de amena lectura. Por su universal y merecida nombradía mantuvo frecuente correspondencia literaria con esclarecidos personajes, y áun con algunos de los Papas de su época.

Tiempos fueron aquellos de fortuna y grandeza en todo para nuestra patria. Habia regido sus destinos en difíciles circunstancias una incomparable princesa, y vino despues á aumentar su gloria otra mujer admirable. Aun prescindiendo de su santidad, es Teresa de Jesús de las eminentes escritoras que bastan para dar celebridad á un país y á una literatura. Todo en ella es elevado, generoso y noble, lo mismo el carácter que la inteligencia y el corazon. Atacado por entónces rudamente y con violencia el catolicismo, pensó que á la concupiscencia del fraile de Wittemberg, importaba oponer la virtud más austera; y á la peticion de reforma de abusos en la iglesia, mayor rigor y privaciones en la vida monástica. Miéntras otros autores ascéticos se proponian mover el corazon de los fieles y preservarles de los errores de la herejía por el temor de las penas eternas, Santa Teresa les hace ver la inefable dicha que en el amor á Dios encuentra la humana criatura, y el alivio que á sus sufrimientos procura la verdadera religion, que tiene consuelo para todos los dolores y esperanzas para todas las desgracias. En el amor divino cifra y pone la felicidad suprema, y compadece al demonio ¡porque

no sabe amar! De sus libros ha dicho con verdad Fray Luis de Leon: «En la alteza de las cosas que trata y en la »delicadeza y claridad con que las trata, excede á mu»chos ingénios; y en la forma del decir, y en la pureza »y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura »de las palabras, y en una elegancia desafeitada que de»leita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua »escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los »leo me admiro de nuevo; y en muchas partes de ellos »me parece que no es ingénio humano el que oigo; y »no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en »muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, »que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscu»ras, y el fuego que enciende con sus palabras en el co»razon que las lee. Que dejados aparte otros muchos y »grandes provechos que hallan los que leen estos libros, »dos son, á mi parecer, los que con más eficacia hacen. »Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de »la virtud. Y otro encenderlos en el amor de ella y de »Dios.» La posteridad ha confirmado y ratificado el juicio de aquel gran maestro, y la fama de la santa escritora nunca ha decaido, ántes se ha acrecentado con el trascurso de los siglos. No hay obra alguna en nuestra rica literatura, exceptuando el *Quijote*, que se haya vertido á tantos idiomas, como las suyas, conocidas y celebradas en todo el mundo civilizado. Aficionada á la lectura de los libros de caballería, á la sazon muy en boga, compuso uno en los primeros años de su juventud, que no ha llegado hasta nosotros, y que es acaso el único de sus escritos debido á su propia iniciativa. Escribió los demás, lo mismo los históricos que los preceptivos y doctrinales, siendo monja y en edad más avanzada, con repugnancia, por órdenes terminantes de sus superiores,

cediendo á reiterados ruegos de sus compañeras de convento, ó con el piadoso y caritativo fin de instruirlas en los deberes espirituales de la vida del claustro. Mayor maravilla causa el gran mérito que á todos realza, sabiendo la premura con que se redactaron, y que su autora nunca pensó en que se imprimieran y fueran conocidos del público. Cuando pasó á mejor vida en Alba de Tormes en Octubre de 1582, probablemente no tenía noticia de que en aquel mismo año un librero de Evora habia dado á la estampa por vez primera los *Avisos* y el *Camino de perfeccion*. Gravemente ocupada en la reforma de la órden del Cármen, en oraciones y meditaciones religiosas, en la fundacion de nuevos conventos, que no consiguió sin vencer poderoros obstáculos, apénas tuvo vagar para escribir con tranquilidad y reposo, absorbiendo la mayor parte del tiempo que á trabajos de esta clase dedicaba, la numerosa correspondencia que mantenia con parientes, monjas y personas de alta jerarquía, y que por dicha no se ha perdido. Nunca halló espacio para leer lo que habia escrito, y ménos para corregirlo, por lo que recomendaba donosamente en una carta á su hermano que pusiera todas las letras que en ella faltasen. Esta precipitacion explica los descuidos, las incorrecciones, y la falta de claridad suficiente, en que á las veces incurria, sin perder la desafeitada elegancia de estilo que tanto deleitaba al autor de los *Nombres de Cristo*. Adornada de instruccion escogida, la estimaba como complemento necesario del talento y áun de la virtud. Pide á sus monjas que procuren tratar y comunicar sus almas con personas piadosas que tengan letras, en especial si los confesores no las tienen por buenos que sean. «Dios las libre, añade, por espíritu »que uno les parezca que tenga (y en hecho de verdad

»le tenga), regirse en todo por él, si no es letrado;» y concluye con este profundo pensamiento: «Son gran cosa »letras para dar en todo luz.»

No es necesario por ser tan conocidas, enumerar aquí las muchas obras debidas á la inspirada autora de las *Relaciones espirituales* y de los *Conceptos del amor divino*; ni señalar el subido valor de cada una de ellas. Bastará recordar que como santa y escritora tiene celebridad universal y merecida. En la admirable basílica de San Pedro de Roma, con majestuosa sencillez trazada por Bramante, y por el poderoso genio de Miguel Angel magnificada, los suntuosos pilares que sostienen la dorada techumbre y la gigantesca cúpula, ostentan colosales estátuas de los principales fundadores de órdenes religiosas, sin duda porque son éstas sostén y apoyo del catolicismo. Cuando en el templo se ingresa, la primera estátua que á la derecha de la gran nave á la vista se presenta, es la de Santa Teresa, ocupando lugar tan preferente, por su importancia en la historia de la religion católica y de las sociedades monásticas.

Teniendo imaginacion viva y ardiente al par que corazon apasionado y tierno, era difícil que algunas veces no expresase su amor en sentidos versos. Pocos nos ha dejado, pero inspirados casi todos por un mismo sentimiento. Son éstos de los que han logrado mayor fama:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.
Aquesta divina union
del amor en que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo,
y libre mi corazon:
mas causa en mí tal pasion

ver á Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.
¡Ay! ¡qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
do no se goza al Señor!
Y si es muy dulce el amor
no lo es la esperanza larga;
quítame, Dios, esta carga
más pesada que de acero,
que muero porque no muero.
Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza;
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.
Mira que el amor es fuerte,
vida, no me seas molesta;
mira que sólo te resta
para ganarte perderte;
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.

Mucho ménos conocida es esta bellísima octava escrita con mayor cuidado:

Dichoso el corazon enamorado
que sólo en Dios ha puesto el pensamiento,
por Él renuncia á todo lo criado
y en Él halla su gloria y su contento.

Aun de sí mismo vive descuidado
porque en su Dios está todo su intento;
y así alegre atraviesa y muy gozoso
las ondas de este mar tempestüoso.

Con ser tan agradables y tiernas estas y la mayor parte de las poesías por diversion y en ratos de esparcimiento escritas, no pueden competir con las principales obras en prosa, ni por la alteza de los conceptos ni por la hermosa sencillez del estilo. No se acierta á formar cabal idea del mérito de esta mujer insigne, y de su importancia, sin conocer su *Vida*, las *Fundaciones*, la *Visita de conventos* y las *Moradas*: así como sin leer sus numerosas cartas no se llega á comprender y apreciar bien su resuelto, jovial y noble carácter.

No brilló en el siglo XVI ninguna otra escritora, ni española ni extranjera, que pudiera rivalizar con ella. No la hubo en Inglaterra, que en la época presente con razon se ufana de muchas, sobresaliendo entre ellas las novelistas. Tampoco se encuentra en Francia, que en la siguiente centuria tuvo á la célebre Marquesa de Sevigné. En Italia, que marchaba entónces á la cabeza de todas las naciones en literatura y en artes, florecieron distinguidas poetisas, como Verónica Gámbara y Gaspara Stampa, muy inferiores, sin embargo, á la afamada Vittoria Colonna, hija de Fabricio, Duque de Palliano, tierna esposa del vencedor de Pavía, Marqués de Pescara, cuya muerte y hazañas lloró y cantó en apasionados y hermosos versos, logrando con ellos y con el entusiasmo y la fidelidad con que honró por largos años su memoria, inspirar á Miguel Angel un amor ardiente, puro y duradero. Es, sin duda, la Colonna superior como poetisa á Santa Teresa, pero no la iguala en importancia y mérito como escritora.

Las exigencias de la cronología me obligan á pasar de obras místicas y religiosas á novelas profanas: de la santa de Avila á Doña María de Zayas y Sotomayor, señora principal en Madrid, nacida en los primeros años del siglo XVII, cuyo padre D. Fernando, sirvió de capitan en los tercios y obtuvo luégo el hábito de Santiago. De las veinte *novelas ejemplares y amorosas* que compuso, diez se publicaron en 1637, con feliz suerte, y las diez últimas en 1647, con no menor fortuna. Lope de Vega, generoso de alabanzas para los autores celebrados en el *Laurel de Apolo*, las prodiga cortesmente á Doña María en los siguientes ampulosos versos:

¡Oh dulces hipocrénides hermosas!
los espinos pangeos
á prisa desnudad, y de las rosas
tejed ricas guirnaldas y trofeos
á la inmortal Doña María de Zayas,
que sin pasar á Lesbos ni á las playas
del vasto mar Egeo,
que hoy llora el negro velo de Teseo,
á Safo gozará Mitilenea,
quien ver milagros de mujer desea;
porque su ingenio vivamente claro
es tan único y raro,
que ella sola pudiera,
no sólo pretender la verde rama,
pero sola ser sol de tu ribera;
y tú por ella conseguir más fama
que Nápoles por Claudia, por Cornelia
la Sacra Roma y Tebas por Targelia.

Aun reconociendo la exageracion del elogio, lo merecen como obras literarias, las *Novelas amorosas* cuya entretenida lectura viene á probar que en aquellos

tiempos el rigor y la severidad con las ofensas á la religion, eran tan excesivos como la tolerancia y la indulgencia con los ataques á la moral. Existia la prévia censura ejercida por eclesiásticos, los cuales, al par que prohibian la impresion de los libros en que habia ó creian ver doctrina perniciosa ó herética, autorizaban la libre circulacion y la reimpresion frecuente de cuentos, poesías y comedias inmorales y hasta obscenas. Con cortas excepciones son las *Novelas amorosas*, muy poco ejemplares, y llega á los últimos límites en este género *El prevenido engañado*, que sirvió á Scarron con muy insignificantes variaciones para su *Precáution inutile*. Sorprende que una señora de respetable clase y morigerada conducta escribiera estos cuentos, pero no ménos admiracion causa leer la licencia eclesiástica suscrita por Fray José de Valdivielso, que dice así: «En este honesto »y entretenido libro no hallo cosa que se oponga á la »verdad católica ni á la moral cristiana; y aunque por »ilustre emulacion de las Corinas, Safos y Aspasias, no »se le debiera dar la licencia que pide, por dama é hija »de Madrid, me parece que no se le puede negar.» Alguna monotonía se advierte en los personajes y en los asuntos de estas novelas. Como en nuestro teatro antiguo, casi nunca hay madres, sin duda para que parezcan ménos inverosímiles por su falta las aventuras de las hijas. Los padres y los hermanos, confiados en demasía, no comprenden los peligros que suelen tener las rejas para las jóvenes curiosas, no escogen con esmero las dueñas, y no logran impedir irreparables desgracias, aunque á las veces aciertan á vengarlas. Aficionadas á galanteos y declaraciones amorosas, las hijas observan más de lo debido quién las sigue suspirando cuando van á la iglesia, escuchan las serenatas, aceptan

nocturnas citas en las ventanas con galanes á quienes no han tratado, reciben sin gran resistencia cartas traidas por oficiosas doncellas, no piensan en poner su descuido en reparo, y luégo abandonan el hogar paterno por la promesa de un casamiento que tarda mucho en realizarse ó al fin no se realiza. Y los jóvenes, á pesar de su buen nacimiento y ventajosa posicion social, inclinados ántes al rapto que al matrimonio consentido, fingiendo y engañando, llevan la perturbacion y el escándalo á familias honradas y tranquilas. No creo que estos cuentos pintan con exactitud la sociedad del reinado de Felipe IV. Por más que no fuera acabado modelo de severas costumbres, no llegaba con frecuencia á tales excesos de candidez ni á semejantes censurables extravíos. Confirma esta creencia la autora, cuando dice en el *Prevenido engañado*: «Llegó Don Fadrique á Sevilla tan escarmentado en »Serafina, que por ella ultrajaba á todas las demás mu»jeres, no haciendo excepcion de ninguna; cosa tan con»traria á su entendimiento, *pues para una mala hay* »*ciento buenas*. Mas en fin, él decia que no habia de fiar »de ellas y más de las discretas, porque de muy sabias y »entendidas daban en traviesas y viciosas, y que con »sus astucias engañaban á los hombres; pues una mujer »no habia de saber más de hacer su labor y rezar, go»bernar su casa y criar sus hijos, y lo demás eran bachi»llerías y sutilezas que no servian sino de perderse más »presto.» La propia experiencia pronto desengañó á don Fadrique, que habiendo buscado para mujer una ignorante, se arrepintió de su eleccion con fundado motivo; y desde entónces «tuvo su opinion por mala. Y todo el »tiempo que despues vivió alababa las discretas que son »virtuosas, porque no hay comparacion ni estimacion »para ellas.»

Pagó tributo Doña María de Zayas al gusto de su tiempo, contando la vida y desventuras de un personaje desgraciado ó grotesco. *El castigo de la miseria* pertenece al género de *El Lazarillo de Tormes*, de *Guzman de Alfarache* y más aún de *El gran Tacaño*. El tipo del hijodalgo navarro Don Márcos, su mezquindad, su constante mortificacion por ahorrar, su desastroso fin al verse burlado y sin el dinero con tanto trabajo reunido, están pintados con singular gracia y con gran conocimiento del idioma; por más que cause extrañeza que una señora pudiera tener noticia de muchos de los detalles y circunstancias de la trabajosa existencia de un pobre paje, que con tanta prolijidad y donaire describe.

Contemporánea de la Zayas, si bien dedicada á muy distinto género de vida, y autora de escritos de muy diferente índole, fué Sor María de Jesús, que cediendo á irresistible vocacion religiosa, que trasmitió á su madre y á su hermana, fundó asistida de ellas en edad temprana y en la villa de Agreda, un convento de monjas descalzas con el nombre de la Inmaculada Concepcion, que logró pronto gran nombradía. Por su piedad y virtudes, cuando no contaba todavía los veinticinco años que la regla de la órden exigia, obtuvo por eleccion en 1627 el cargo de superiora, que, exceptuando un corto período de tiempo, conservó hasta 1665, época de su muerte. Refieren sus biógrafos que impulsada de celestiales avisos, escribió, despues de resistirlos por largos años, una historia de la Vírgen, que luégo arrojó al fuego descontenta de su obra, y siguiendo el consejo de un director espiritual que no creia conveniente que las religiosas compusieran libros. Pero los avisos y las órdenes del cielo se repitieron con insistencia, obligando

en 1655 á Sor María de Jesús á empezar segunda vez la historia de la madre del Señor, en la que trabajó constantemente, hasta verla terminada poco ántes de su fallecimiento. Cinco años despues, en 1670, salió á luz en Madrid en tres tomos en folio con el título de *Mística Ciudad de Dios*, dando lugar desde entónces á empeñadas controversias y á juicios muy opuestos. En cuanto este libro empezó á circular y á ser conocido, fué denunciado á la inquisicion de Portugal, que confió á muchas personas doctas el delicado encargo de examinarle. La aprobacion que recayó, y la calidad de los que entónces aprobaron, no impidió en 1681 la censura de Roma, que al fin quedó en suspenso en virtud de un breve especial, expedido á instancia del rey Cárlos II de España. En 1692 el pontífice Inocencio XII tornó á encomendar el exámen del libro á una congregacion particular, que no llegó á presentar informe favorable ni adverso. Pero la facultad de teología de París, despues de grandes debates que habian exaltado los ánimos, declaró solemnemente en la Sorbona en 1696 que habia lugar á condenar *La Mística Ciudad de Dios*, advirtiendo, sin embargo, que si María de Agreda no tiene el propósito de burlarse de sus lectores, por lo ménos se engaña á sí propia, queriendo hacer pasar fábulas, ficciones y errores, cuyo autor no puede ser Dios, por misterios que le han sido revelados por divina manera. Los numerosos admiradores de esta obra, que se habia traducido á casi todos los idiomas europeos, pidieron la canonizacion de la autora al papa Benedicto XIII, que expidió decreto en 1729 para que la causa siguiera sus trámites en la sagrada congregacion de ritos, la cual tampoco llegó á formular dictámen sobre este controvertido asunto. Un moderno escritor extranjero, ha-

blando de este libro que califica de «asombroso», dice: «Los misterios de la religion cristiana, los principios de »la iglesia católica, los textos más difíciles de la Escri- »tura, los confusos cómputos de la historia evangélica, »los más ocultos designios de la providencia, la teología »sagrada, dogmática, expositiva, escolástica, moral, de- »liberativa y mística, todo está allí reunido.» Acerca de su estilo emitió el siguiente encomiástico juicio el R. P. Samaniego, general de la órden de San Francisco y obispo de Palencia, muy entusiasta de Sor María de Jesús: «Propiedad en los términos sin afectacion; faci- »lidad sin bajeza; majestad de palabras sin fausto; elo- »cuencia sublime sin artificio; disposicion adecuada; »fuerza de instruccion; empleo de las ciencias naturales; »eleccion exacta de términos escolásticos; energía en »las sentencias; conocimiento de los pasajes de la Es- »critura; cosas todas que prueban que la obra de la »venerable madre ha sido escrita por divina luz.»

Alcanzó en la corte esta célebre monja poderosa influencia que acertó á conservar hasta su muerte. Detúvose en Agreda para verla Felipe IV en Julio de 1643, cuando se encaminaba á Zaragoza para atender á la guerra de Cataluña sublevada; y tan satisfecho debió quedar de la entrevista, que entónces empezó con Sor María una correspondencia sobre asuntos personales y negocios de estado, que duró veintidos años sin interrupcion alguna. «Escríboos á media márgen, decia el »Rey en su primera carta, porque la respuesta venga en »este mismo papel, y os encargo y mando que esto no »pase de vos á nadie.» Cerca de dos siglos han trascurrido sin que fuera conocida esta correspondencia íntima y reservada, de notorio interés histórico y literario. Sacó á luz parte de ella por vez primera en 1855 Mr. A. Ger-

mond de Lavigne, académico correspondiente de la Española, publicando veintiuna cartas del Rey y otras tantas de Sor María de Jesús, que llegan al año 1658, tomadas de la copia que por indicacion de nuestro erudito colega D. Eugenio de Ochoa, examinó en la biblioteca nacional de París. Posteriormente, en 1870 el propio señor Ochoa incluyó en el tomo segundo del variado epistolario español, en la *Biblioteca de Autores Españoles*, seis cartas de Sor María, desde Julio hasta Octubre de 1643, y dos de Felipe IV de fin de aquel mismo año, advirtiendo que existe una copia íntegra de esta curiosa correspondencia en la Academia de la Historia. De toda ella y de otras muchas cartas de la superiora de Agreda, dirigidas á elevados personajes de su tiempo, tendremos pronto edicion esmerada y completa, debida á una señora que con provecho se ocupa en la literatura española. Juzgando por las ya conocidas, no han de carecer de importancia las todavía inéditas. En las que corren impresas, Felipe IV refiere menudamente sin observaciones ni comentarios, los sucesos políticos del reino, los acontecimientos de las guerras en que el país estaba empeñado, la falta constante de recursos para proseguirlas con vigor y evitar desastres, y al propio tiempo habla de las dolencias de la reina y de las infantas; y despues del inesperado fallecimiento del príncipe Don Baltasar Cárlos, cuyo recuerdo ha hecho imperecedero el mágico pincel de Velazquez, manifiesta siempre vehemente deseo de tener sucesor directo para la corona, que vió al fin satisfecho con el tardío nacimiento de aquel príncipe débil y enfermizo, último soberano de la casa de Austria, que segun una conocida frase, no supo ser rey ni hombre. Sor María, que no abusó del ascendiente que con el monarca tenía, ni lo

aprovechó en beneficio personal ni para influir en el gobierno ó en la corte, escribe con humildad propia de su estado, con el respeto y el cuidado á la majestad debidos, y hace extensas y elevadas reflexiones sobre asuntos de fe, dando prudentes y sanos consejos con decision y energía. El mejor elogio que del mérito literario de sus obras pudiera presentar, es traer á la memoria que las cita el excelente diccionario de autoridades de esta Academia. Lamentándose de las algaradas de los portugueses en la frontera, del temor de una sublevacion en Flandes y de los muchos aprietos del reino, acude atribulado Felipe IV á su consejera de Agreda, y teniendo por cierto que todos aquellos males nacen de haber enojado al Señor, dice desde Zaragoza en 2 de Octubre de 1643: «Quisiera que si por algun camino llegais á en»tender qué es su santa voluntad que yo haga para »aplacarle, me lo escribais aquí; porque yo ando con »deseo de acertar, y no sé en qué yerro. Algunos reli»giosos me dan á entender que tienen revelaciones y »que Dios manda que castigue á éstos ó aquéllos y que »eche de mi servicio á algunos. Bien sabeis vos que en »esto de revelaciones es menester gran cuidado, y más »cuando hablan estos religiosos, contra algunos que »verdaderamente no son malos ni los he reconocido »nunca cosa que pueda dañar á mi servicio, y junta»mente aprueban otros que no tienen buena opinion en »su modo de proceder; y que el sentir universal de ellos »es que son amigos de revolver y poco seguros en la »verdad.» Podria parecer delicada ironía la advertencia referente al cuidado necesario en punto á revelaciones, si no supiéramos el respetuoso cariño del Rey á Sor María de Jesús, cuyos consejos en esta ocasion están inspirados tambien por la prudencia y por el mejor de-

seo de poner remedio á perjudiciales abusos en el gobierno. «El desacreditar á unos para introducir á otros,» escribe en 13 de Octubre siguiente, «no lo apruebo, »acredito ni abono, cuando se puede decir lo que con»viene sin tocar á la honra del prójimo, si no es que »las personas que han hablado á vuestra majestad quie»ran decir que algunos asisten muy cerca que los juzgan »por oficiosos y son inútiles para mandar, porque es muy »diferente la virtud esencial de cada uno, á la ciencia y »sabiduría de gobernar; y que podian asistir otros que »por más talento y capacidad vengan á ser de más pro»vecho... y el daño mayor consiste en que los que de»biendo mirar al bien comun y el de su príncipe y rey, »siendo desinteresados, se ceban en sus bienes, orde»nándolos á sus propias comodidades, y todo lo hacen »carne y sangre. Señor mio, esto sucede en la paz y en »la guerra; con que vuestra majestad y sus reinos están »pobres y todos los que andan en la masa están próspe»ros y ricos; cada uno procura llegarse más al fuego »para calentarse mejor y recibir más bienes de fortuna, »y por eso tienen envidia y se hacen emulacion unos á »otros; sería bueno igualarlos á todos oyéndolos á todos, »de suerte que cada uno piense es el más allegado, sin »que de la voluntad de vuestra majestad reciban mas »unos que otros... Esas personas que hablaron á vues»tra majestad, pudieron tener otro motivo fundado en »el comun sentir del mundo, que abomina del gobierno »pasado, pareciéndole que estas desdichas y calamida»des se originan de él: y como tan aprisa no se ven »buenos sucesos, parécele que gobierna quien gobernó »ántes, y no fuera desatentado dar una prudente satis»faccion al mundo que la pide, porque vuestra majes»tad necesita de él.» Sorprende ciertamente que en la

mitad del siglo XVII una monja encareciese desde un pequeño pueblo de Aragon al Rey la conveniencia de contar con la opinion pública, cuyo apoyo necesitaba para gobernar; y mucho debió arrepentirse Felipe IV de haber desatendido tan oportuno aviso.

Otra monja en lejanas tierras nacida y educada fué la última escritora notable en los tiempos de la dinastía austriaca. Nueva España, hermosa region, teatro de las hazañas del más grande y eminente de los conquistadores españoles de América, pagó ántes que con la ponderada riqueza de sus minas con el peregrino ingenio de sus hijos, la predileccion con que siempre la miró España, y sus perseverantes esfuerzos para llevarla á un alto grado de civilizacion y cultura. En Méjico vino á la vida el insigne poeta D. Juan Ruiz de Alarcon, gloria de nuestro teatro, á quien imitó Corneille en alguna de sus comedias; en Méjico vió la luz el discreto Gorostiza, cuyas obras dramáticas se aplaudieron con justicia en los años primeros del presente siglo; en Méjico y en 1651 nació la célebre Sor Juana Inés de la Cruz, en cuyo elogio se escribieron con entusiasmo tomos enteros, contando entre sus panegiristas al P. Feijoó. Ejemplo ofrece esta poetisa, más que otra alguna, de la exageracion en la alabanza y en la censura de que adolece con frecuencia en nuestro país la crítica literaria. Llamáronla décima musa sus contemporáneos y posteriormente se quiso hasta expulsarla del parnaso. La verdad, como acontece en casos semejantes, se encuentra á igual distancia de esos dos extremos. Don Juan Nicasio Gallego, autoridad no recusable, reconoce en ella gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio, si bien añade que por tener la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo XVII, tiempos los más infelices

de la literatura española, se ven sus versos atestados de las extravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados que estaban entónces en el más alto aprecio. Del pervertido gusto de la época da suficiente testimonio el título de la tercera edicion de las poesías de esta escritora, impresa en Zaragoza en 1692. *Poemas de la única poetisa americana, musa décima, Soror Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el Monasterio de San Gerónimo de la Imperial Ciudad de Méjico, que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios assumptos con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos y útiles versos, para enseñanza, recreo y admiracion.* Bien se advierte que fertilizar varios asuntos en varios metros, con sutiles versos, se debió escribir en el propio tiempo de decadencia en que se publicaban las *Gracias de la gracia* y *Saladas agudezas de los santos*. Cultivó la monja mejicana la poesía dramática, y no carecen de mérito sus dos comedias, *Amor es más laberinto* y *Los empeños de una casa*, y los autos sacramentales *El Mártir del Sacramento San Hermenegildo* y *El cetro de Joseph*. Pero brillan más sus conocimientos y su númen, en las poesías líricas que escribió en castellano, en latin y en uno de los dialectos que hablan los indios mejicanos; y es de notar, recordando su estado y su vida monástica, que casi siempre trató de asuntos profanos, y que sus villancicos, nocturnos y romances religiosos muy inferiores son á sus versos inspirados por mundanos afectos. Véase en qué términos pinta los tormentos de querer sin ser correspondida, y de ser amada por quien no merece sus favores:

Que no me quiera Fabio al verse amado,
es dolor, sin igual, en mi sentido;

mas que me quiera Silvio aborrecido
es menor mal, mas no menor enfado.
¿Qué sufrimiento no estará cansado,
si siempre le resuenan al oido,
tras la vana arrogancia de un querido
el cansado gemir de un desdeñado?
Si de Silvio me cansa el rendimiento,
á Fabio canso con estar rendida;
si de éste busco el agradecimiento,
á mí me busca el otro agradecida;
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

Un largo romance dedica á discurrir sobre los celos, del cual copiaremos algunos discretos conceptos.

Son ellos de que hay amor
el signo más manifiesto,
como la humedad del agua,
y como el humo del fuego.
El que no los siente amando,
del indicio más pequeño,
en tranquilidad de tibio,
goza bonanzas de necio:
que asegurarse en las dichas,
solamente puede hacerlo
la villana confianza
del propio merecimiento.
Para tener celos basta
sólo el temor de tenerlos;
que ya está sintiendo el daño
quien está sintiendo el riesgo.
Temer yo que haya quien quiera
festejar á quien festejo,
aspirar á mi fortuna
y solicitar mi empleo,
no es ofender lo que adoro,

ántes es un alto aprecio
el pensar que deben todos
adorar lo que yo quiero.
El que es discreto, á quien ama
le ha de mostrar que el recelo
lo tiene en la voluntad,
y no en el entendimiento.
. . . . . .
Y aunque muestra que se ofende,
yo sé que por allá adentro,
no le pesa á la más alta
de mirar tales extremos.

En ingeniosas redondillas defiende á las mujeres de las injustas censuras de los hombres que «las acusan »sin motivo de lo que en ellas causan.»

Hombres necios que acusais
á la mujer sin razon,
sin ver que sois la ocasion
de lo mismo que culpais.
Si con ánsia sin igual
solicitais su desdén,
¿por qué quereis que obren bien
si las incitais al mal?
Combatís su resistencia,
y luégo con gravedad,
decis que fué liviandad,
lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco,
y luégo le tiene miedo.
Quereis con presuncion necia
hallar á la que buscais,
para pretendida Thais,
y en la posesion Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no está claro?
Con el favor y el desdén
teneis condicion igual;
os quejais si os tratan mal,
os burlais si os quieren bien.
Opinion ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite es ingrata,
y si os admite es liviana.
Siempre tan necios andais,
que con desigual nivel,
á una culpais por cruel,
y á otra por fácil culpais.
¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto requiera,
bien haya la que no os quiera;
quejaos en hora buena.
Dan vuestras amantes penas
á sus libertades álas,
y despues de hacerlas malas
las quereis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasion errada,
la que cae de rogada
ó el que ruega de caido?
¿O cuál es más de culpar
aunque cualquiera mal haga;
la que peca por la paga
ó el que paga por pecar?
¿Pues, para qué os espantais
de la culpa que teneis?

Queredlas cual las haceis,
ó hacedlas cual las buscais.
Dejad de solicitar,
y despues con más razon
acusareis la aficion
de la que os fuese á rogar.

Bien demuestran los citados versos el talento poético de Sor Juana Inés de la Cruz, con frecuencia extraviado por el mal gusto de aquel tiempo. De sus mejores composiciones debiera hacerse escogida coleccion cuya lectura siempre agradaria.

Mi propósito, al comenzar enunciado, de ocuparme tan sólo de las escritoras más notables, me impide hablar con detenimiento de otras de menor mérito, que lograron sin embargo, bastante celebridad entre sus contemporáneos, y que se mencionan con elogio en el *Laurel de Apolo* de Lope de Vega, ó en las *Flores de poetas ilustres* de Espinosa. Cuéntanse en este número como las principales: Doña Cristobalina Fernandez de Alarcon, muy docta en lengua latina y en literatura, distinguida poetisa, lo propio que Doña Luciana y Doña Hipólita de Narvaez; Doña Ana Caro Mallen, llamada la musa sevillana, amiga y compañera de Doña María de Zayas, autora de varias poesías y de algunas comedias, siendo de éstas la más apreciada *El Conde de Partinuples*; Sor Valentina Pinelo, tambien poetisa sevillana; Doña Feliciana Enriquez de Guzman, que á pesar de su noble alcurnia, con traje de hombre y nombre supuesto cursó filosofía y otros estudios en la universidad de Salamanca, cultivando despues con éxito la poesía lírica y la dramática; Doña Bernarda Ferreira de la Cerda, autora del poema *España libertada*, poetisa portuguesa que escribió tiernos y sentidos versos españoles; Doña Leonor de la

Cueva, Doña Luisa de Silva y Doña Angela Acebedo, que compusieron comedias; y Doña Mariana de Carvajal, granadina, descendiente de las ilustres familias de San Cárlos y Rivas, que con el título de *Navidades en Madrid ó Noches entretenidas* publicó ocho novelas, tan agradables, en opinion de Ticknor, por el mérito de la invencion como por la sencillez del estilo.

En fin del siglo XVII, y en principio del XVIII, tiempos de gran decadencia y de gusto detestable en las letras españolas, no disminuyeron un punto en las señoras las aficiones literarias. Sabemos que en una justa poética que se celebró en Murcia el año 1727, en honor de San Luis Gonzaga y de San Estanislao de Kostka, acudieron á lucir su ingenio cinco poetisas y nada ménos que ciento cincuenta poetas. Probablemente todos serian meros versificadores, y los versos entónces presentados, de cierto no harian honor ni á los autores ni á los santos, mártires póstumos del concurrido certámen.

Los peligros de la guerra de sucesion y la gravedad de los sucesos políticos no llegaron, sin duda, á turbar la tranquilidad y el reposo de la vida monástica, cuando no impidieron dedicarse á la poesía mística en los primeros años del largo reinado de Felipe V, á la afamada sevillana Sor Gregoria de Santa Teresa, entre cuyas obras, las más todavía inéditas por desgracia, sobresale el *Coloquio espiritual*. Tambien se dedicó al mismo género literario, Sor María del Cielo, célebre poetisa portuguesa, que escribió en castellano *Las lágrimas de Roma*, otros autos alegóricos y no pocas de sus poesías. En la época de Fernando VI, otra monja poetisa, Sor Ana de San Jerónimo, digna hija del ilustre Conde de Torrepalma, religiosa del convento del Angel en Granada, causó admiracion y entusiasmo en sus contemporáneos, al par

que por su vasta instruccion y su peregrino ingenio, por su virtud acendrada.

Reservada estaba á una ilustre señora contribuir poderosamente con su iniciativa al progreso literario de aquel tiempo. Cuando se iba perdiendo la aficion á las academias literarias, tan en boga en los dos precedentes siglos, la Condesa viuda de Lemos, despues Marquesa de Sarriá, hermana del Duque de Béjar, apasionada por las bellas letras, fundó en su magnífico palacio, imitando á un tiempo mismo las antiguas sociedades poéticas españolas y las costumbres de las damas de la primera sociedad de Francia, la *Academia del buen gusto,* á la que concurrian Montiano, Luzan, Nasarre, el Conde de Saldueña, el Marqués de la Olmeda, el Conde de Torrepalma, Porcel, Velazquez, el Duque de Béjar y otros vates de los mejores de entónces, atraidos por la juventud, la hermosura, el talento y la instruccion de la noble y discreta Condesa, que con tales prendas fácilmente lograba reunir en sus tertulias á las personas más distinguidas por el saber y por la alcurnia. *Parnaso al revés* llamó con gracia Don Juan de Iriarte á aquella academia en la que una mujer presidia á los poetas. En ella se leian poesías que quedaban unidas á las actas, que con gran formalidad y escrupulosa exactitud redactaba y firmaba el secretario Montiano; y asistian con frecuencia á sus sesiones la Condesa de Ablitas, la Duquesa de Santisteban, la Marquesa de Estepa, que escribia versos, y la Duquesa viuda de Arcos, que con la Condesa de Lemos rivalizaba en aficiones literarias; si bien carecia del talento y donaire para representar comedias, que su amiga lucía en el teatro de su palacio, con gran contentamiento de los concurrentes á estas escogidas funciones. Estos altos ejemplos impulsaron en las señoras el desarrollo del

gusto para cultivar las artes y las letras. La Academia de San Fernando, de creacion reciente, nombró por aclamacion á la Duquesa de Huéscar, premiando así el mérito de sus obras, académica de honor y directora honoraria de la pintura, con voz, voto y asiento preeminente, y con opcion á todos los cargos académicos. Igualmente admitió en su seno aquella corporacion, por la excelencia de sus pinturas, á la Marquesa de Estepa, ántes nombrada, y á la Marquesa de Santa Cruz. Emulando con estas señoras, aunque en distinto género, Doña Josefa Amar y Borbon tradujo con suma elegancia la obra del abate Lampillas; la Marquesa de Espeja vertió al español la *Filosofía moral,* del italiano Zanotti; y la Condesa-Duquesa de Benavevente leyó útiles discursos en la Sociedad económica matritense, merced á la energía de Cárlos III, que con laudable empeño, y no sin reiteradas discusiones con sus ministros, consiguió que las mujeres pudieran ingresar en aquellas asociaciones importantes, que tan señalados servicios prestaron. Esta pública consagracion del mérito de las mujeres naturalmente habia de estimularlas á dedicarse á estudios más difíciles y formales. Alcanzó fama por su ciencia Doña María Isidra de Guzman y la Cerda, hija de los Condes de Oñate, que á los diez y siete años tomó en Alcalá el año 1785 el grado de Maestra y Doctora en Filosofía y Letras humanas, que el Rey, por decreto especial, permitió que aquella universidad le confiriese, prévios los correspondientes ejercicios, en atencion á las sobresalientes cualidades personales de que estaba dotada. En públicos exámenes probó su sólida instruccion, y que poseia el griego, el latin, el francés y el italiano, obteniendo el nombramiento de consiliaria perpétua y catedrática honoraria de filosofía moderna. Habia merecido tambien la singular distincion, que

BIBLIOTECA · REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

hasta ahora no se ha vuelto á conceder á mujer alguna, de tomar asiento en esta ilustre Academia, en la que leyó una *oracion*, notable por la elevacion de miras y la firmeza de la entonacion, á juicio de nuestro colega el señor Marqués de Valmar.

En los postreros años del reinado de Cárlos III, que tanto deseó mejorar la educacion literaria y científica de las mujeres, tuvieron alguna notoriedad Doña María de Hore, de mayor renombre por su belleza, por su instruccion, por su talento y por haberla consagrado una de sus fantásticas leyendas Fernan-Caballero, que por las pocas poesías suyas que hasta nosotros han llegado; y Doña María Helguero, monja de las Huelgas, que se dedicó á la poesía sagrada, y que á pesar de su indisputable ingenio, tuvo el extraño pensamiento de conmemorar la sagrada pasion en seguidillas. Bastante superaron á éstas dos medianas poetisas, la amiga de Quintana, Doña María Rosa Galvez, en sus obras líricas y más aún en las dramáticas; y Doña Vicenta Maturana, autora de dos novelas, *Teodoro ó el huérfano agradecido*, y *Sofía y Enrique*, del *Himno á la luna*, bello poema en prosa, y de una corta coleccion de poesías, publicada, segun el señor Ochoa, para desvanecer una intriga cortesana, encaminada á privarla del afecto y favor de la reina María Josefa Amalia de Sajonia, suponiendo que hacía los versos de la Reina, invencion maligna, porque aquella augusta señora los componia con gran facilidad, si bien á las veces los consultaba con la Maturana. Tuvo esta escritora, de vida harto desgraciada, verdadero estro poético, y con frecuencia se reflejan en sus obras la amargura y la tristeza que debieron producir en su ánimo repetidas desventuras. Sirva de prueba el final de su elegía titulada *La Desesperacion*.

Soy cual barquilla expuesta á los rigores
del irritado mar, cuando le agita
el soplo de los vientos bramadores;
y al abismo veloz me precipita,
el encono cruel con que la suerte
tiene mi ruina y perdicion escrita.
Que no hay constancia que dolor tan fuerte
resistir pueda, y toda mi esperanza
se cifra en el sepulcro y en la muerte,
que allí el imperio del dolor no alcanza.

Utilizó, sin duda, en gran manera sus instructivas y agradables conversaciones y sus provechosos consejos literarios, la reina María Josefa Amalia, que constante aficion mostró á la poesía, escribiendo en español muchos versos, que inéditos se conservan en el rico archivo de Palacio, por más que notoriamente no sean suyos todos los que llevan su nombre. Espectáculo tan raro es ver á una poetisa en el trono, dando forma á su inspiracion en extranjero idioma, que no parecerá inoportuno que aquí trascriba parte de algunas de las composiciones de la tercera esposa de Fernando VII, que son de todo punto desconocidas. En las *Oraciones para despues de comulgar* dice con religioso fervor y arrepentimiento:

Dame una devocion ardiente y pura,
dame una inagotable caridad,
que mande con prudencia y con dulzura
y obedezca con gozo y humildad;
que á mis contrarios trate con blandura
y pague con amor la crueldad;
que la injuria sepulte en el olvido,
mas nunca el beneficio recibido.

Así describe algunos de los deberes del verdadero cristiano:

Mortificar los sentidos,
las pasiones refrenar,
merecer y despreciar
los elogios merecidos,
socorrer los desvalidos
mirándolos con amor,
perdonar al ofensor,
pagarle con beneficios,
tener horror á los vicios,
y piedad del pecador.

En la despedida de la Vírgen, al salir del Escorial, para reunirse con el Rey en Valencia, hay estas estrofas, en que rivalizan la devocion y el cariño:

Yo te saludo ¡oh dulce Madre mia!
al alejarme de tu hermoso altar,
como á mi amparo fiel, como á mi guía
y clara estrella en proceloso mar.
. . . . . .
Mi esposo ya me llama; llegó el dia
que de tu amor, mi corazon pidió,
y al vernos borrará nuestra alegría
el llanto que la ausencia nos costó.

Citaré, por último, la siguiente décima, «sobre el tiempo y la eternidad al contemplar un reloj:»

La aguja con paso igual,
corre el tiempo señalando,
del placer el fin marcando,
de la tristeza y el mal.
Pero cuando cada cual
coja de su vida el fruto,

cien siglos de gozo ó luto
pasarán y muchos más,
sin que parezca jamás
que ha pasado ni un minuto.

Para completar esta rápida reseña de escritoras célebres ó notables que ya no existen, tan sólo me falta hablar de dos de las más afamadas, de Fernan Caballero y de Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda. Pocas palabras diré de ellas, aunque muchas merecen, que han sido las dos contemporáneas nuestras, y todos conservamos indeleble en la memoria el recuerdo de su vida, y hemos sido testigos del extraordinario éxito de sus obras en España y en extranjeras naciones.

Acontece á las veces que el género literario en que sobresale el escritor de más genio de un país, no se cultiva en él despues con fortuna. Tres centurias han trascurrido desde que Shakespeare escribió sus imperecederas y admirables tragedias, y en ese largo tiempo no puede vanagloriarse Inglaterra de ningun otro insigne dramático, sin que basten á poner en duda esta verdad las amenas comedias de Sheridan, los correctos pero frios dramas de Jonson y las tragedias de Thomson. Análogo fenómeno se advierte en España. Es, sin duda, el *Quijote* el mejor libro de nuestra literatura, pero desde que Cervantes publicó su obra maestra, hasta época reciente, tan sólo vieron la luz novelas de aventuras ó picarescas, que no llenaron el vacío que en este difícil género habia. No dieron el resultado apetecido las tentativas de escritores de superior talento, despues del renacimiento del romanticismo, para que entre nosotros floreciese la novela con igual brillo y pujanza que en otras naciones. *El doncel de Don Enrique el Doliente,* de Larra; *Doña Isabel de Solís,* de Martinez de la Rosa, y *Sancho Sal-*

daña, de Espronceda, á pesar de su indisputable mérito literario, no lograron por falta de interés arraigar en España la novela histórica que tan universal renombre procuró al escocés Walter Scott, de cuyas obras por la verdad y exactitud con que reproducen los personajes, los sucesos y las costumbres de pasados tiempos, pudo decir con acierto Mr. Villemain que eran mejores que la historia misma. Tampoco alcanzaron éxito favorable los ensayos de novelas de repugnante y excesivo realismo, y de las que solicitan el interés del lector por la abundancia de crímenes y horrores. Pienso que no hay exageracion en sostener que el mérito del renacimiento de la novela española en la época presente pertenece á Fernan-Caballero, cuya iniciativa han seguido despues con notable ingenio otros autores. La publicacion de *La gaviota* fué un fausto suceso literario, y *La familia de Alvareda*, *Lágrimas* y *El último consuelo* vinieron á confirmar las esperanzas que despertó aquel libro, demostrando que teníamos un excelente novelista original, que con envidiable sencillez y novedad describia tipos simpáticos, agradables ó característicos de las gentes de nuestras provincias meridionales, y referia verosímiles dramas de los que á cada paso ocurren en la vida. En lo cómico, lo propio que en lo trágico, en lo bueno, lo mismo que en lo malo, la realidad excede siempre en gran manera á la ficcion más ingeniosa y á la invencion más perfecta. Por tal motivo hay mayor garantía de acierto para el novelista y para el autor dramático en estudiar profundamente el corazon humano y la sociedad que le rodea, que en fantasear caprichosamente á su albedrío. No desconoció este fundamental principio Fernan-Caballero, que supo conciliar con arte el interés indispensable en obras de imaginacion, con la verdad de los afectos de

las pasiones y de los caractéres de los personajes que presentaba á sus lectores. Abundan desde hace años en todos los países las novelas de costumbres, pero las de la escritora sevillana ofrecen la ventaja de ser casi siempre novelas de costumbres buenas; circunstancia atendible y no despreciable, si se tiene en cuenta el gusto dominante en una parte de la literatura contemporánea, y la funesta propension á creer que sólo se excita la atencion y se despierta la curiosidad del público con la pintura de feos vicios y de actos inmorales.

Gloria redunda para España de que en la isla de Cuba hayan nacido los dos poetas líricos más eminentes de toda la América española en los modernos tiempos. No se puede negar esta justa alabanza á Heredia y á la Avellaneda, áun reconociendo el gran talento del venezolano Bello, el cantor de la *Agricultura de la zona tórrida,* con quien no rivaliza poeta alguno de los diversos estados que ocupan el inmenso territorio, que desde California se extiende hasta el estrecho que surcaron por vez primera las naves de Magallanes y de Elcano. Es tambien la Avellaneda la más ilustre escritora de nuestra patria, despues de Santa Teresa, y como poetisa no halla competencia en la Europa cristiana. Son inferiores sus novelas á las de Fernan-Caballero, á las de Jorge Sand, á las de Madame d'Arbouville y á las de bastantes escritoras inglesas; pero prefiero sus producciones dramáticas á las de Jorge Sand y á las de Madame de Girardin, y sus composiciones líricas me parecen muy superiores á cuantas conozco escritas por poetisas en cualquiera de los idiomas europeos, sin exceptuar las muy tiernas y bellas de la célebre Vittoria Colonna. «Las calidades que más ca»racterizan sus poemas» ha dicho con severa imparcialidad D. Juan Nicasio Gallego «son la gravedad y elevacion

»de los pensamientos, la abundancia y propiedad de las »imágenes y una versificacion siempre igual, armoniosa »y robusta. Todo en sus cantos es nervioso y varonil; así »cuesta trabajo persuadirse que no son obra de un escri»tor del otro sexo. No brillan tanto en ellos los movi»mientos de ternura, ni las formas blandas y delicadas, »propias de un pecho femenil y de la dulce languidez que »infunde en sus hijas el sol ardiente de los trópicos, que »alumbró su cuna. Sin embargo, suele ser afectuosa »cuando quiere.» Acrecientan el subido valor de sus versos la gracia y el primor del lenguaje poético y la galanura de su esmerada versificacion. Cuentan que uno de nuestros más célebres y populares escritores exclamó al oir una de sus composiciones: «Es mucho hombre »esta mujer.» El chiste tuvo éxito, contribuyendo á que se haya exagerado el carácter varonil de su talento poético. No faltaban ciertamente ni sonaban con dificultad en su lira, las cuerdas de la ternura, del amor y del sentimiento religioso. En hermosos versos refiere la poetisa cómo encontró en España al hombre que ante su mente se presentó en Cuba,

En la aurora lisonjera
de su juventud florida,
en aquella edad primera;
breve y dulce primavera
de tantas flores vestida.

. . . . . .

Volaban los años, y yo vanamente
buscando seguia mi hermosa vision...
mas dió al fin la hora: brillar ví tu frente,
y, «es él,» dijo al punto mi fiel corazon.
Porque era, no hay duda, tu imágen querida,
que el alma inspirada logró adivinar,

aquella que en alba feliz de mi vida
miré, para nunca poderla olvidar.
Por tí fué mi dulce suspiro primero,
por tí mi constante secreto anhelar...
y en balde el destino, mostrándose fiero,
tendió entre nosotros las olas del mar.
Buscando aquel mundo que en sueños veia,
surcólas un tiempo valiente Colon...
por tí, sueño y mundo del ánima mia,
tambien yo he surcado su inmensa extension.
Que no tan exacta la aguja al marino
señala el lucero que le ha de guiar,
cual fija mi mente marcaba el camino
de hallar de mi vida la estrella polar.
Mas ¡ay! yo en mi patria conozco serpiente
que ejerce en las aves terrible poder...
las mira, las lanza su soplo atrayente,
y al punto en sus fauces las hace caer.
¿Y quién no ha mirado gentil mariposa
siguiendo la llama que la ha de abrasar?...
¿O quién á la fuente no vió presurosa
correr á perderse sin nombre en el mar?...
¡Poder que me arrastras! ¿Serás tú mi llama?
¿Serás mi oceano? ¿Mi sierpe serás?
¿Qué importa? Mi pecho te acepta y te ama,
ya vida, ya muerte le aguarde detrás.
A la hoja que el viento potente arrebata,
¿de qué le sirviera su rumbo inquirir?...
Ya la alce á las nubes, ya al cieno la abata,
volando, volando la habrá de seguir.

Con más vivos colores pinta la dicha de ver correspondido su amor, y la natural emocion y el inmenso deleite que experimenta cerca del hombre amado.

Ante mis ojos desparece el mundo,
y por mis venas circular ligero
el fuego siento del amor profundo.

Trémula en vano resistirte quiero...
de ardiente llanto mi mejilla inundo,
¡deliro, gozo, te bendigo y muero!

Viene luégo el triste y desgarrador desenlace de este amor desgraciado, que arranca un grito de dolor al herido corazon de la Avellaneda, que todavía guarda cariño al ingrato amante.

No existe lazo ya: todo está roto:
plúgole al cielo así: ¡bendito sea!
amargo cáliz con placer agoto:
mi alma reposa al fin; nada desea.
Te amé, no te amo ya: piénsolo al ménos:
¡nunca, si fuese error, la verdad mire!
que tantos años de amargura llenos
trague el olvido; el corazon respire.
Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo
una vez y otra vez pisaste insano...
mas nunca el labio exhalará un murmullo
para acusar tu proceder tirano.
. . . . . .
Cayó tu cetro, se embotó tu espada,
mas ¡ay! ¡cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de tí, que hoy se anonada,
y en honda y vasta soledad me miro.
¡Vive dichoso tú! Si en algun dia
ves este adios, que te dirijo eterno,
sabe que aún tienes en el alma mia
generoso perdon, cariño tierno.

¿Puede haber quien dude si es poetisa ó poeta el autor de esta breve y sentida historia íntima de un amor apasionado? Tampoco esa duda cabe cuando se leen y admiran sus inspiradas poesías religiosas. No es tan varonil como se ha supuesto el gran talento de esta escritora. Análoga opinion sustenta el señor Valera al indicar

que pocas veces agitan su númen el patriotismo, el amor á la libertad y la filantropía, acaso porque estas pasiones y estos sentimientos «son más *varoniles* que femeninos.»

No desmerecen de las líricas las obras dramáticas de la Avellaneda. De las más celebradas y aplaudidas, con encomio han escrito tres señores académicos. La gravedad del asunto, la alteza de pensamientos, la noble elegancia clásica del estilo, tanto avaloran á *Alfonso Munio*, á *Saul* y á *Baltasar*, que las hacen dignas de comparacion con el *Pelayo* de Quintana, el *Edipo* de Martinez de la Rosa, *La muerte de César* de Vega y la *Virginia* del señor Tamayo.

Como no entra en mi propósito citar á escritoras que afortunadamente todavía viven, aquí pongo término á mi discurso, pero no sin recordar ántes las elocuentes palabras con que uno de nuestros más grandes oradores contemporáneos, que tambien perteneció á esta Academia, encarecia la necesidad de sana, vasta y sólida ilustracion en las mujeres. «Entre las numerosas y de»plorables resultas de esta enorme desigualdad» (la que en general existe entre la instruccion de los hombres y la de las mujeres) «la más inmediata y las más funesta, »está en reducir el mútuo comercio de los dos consortes »á la satisfaccion de los sentidos y al culto de los afectos, »eliminando de la accion doble y de la materia propia »de la comunidad matrimonial, un órden entero de »relaciones, las relaciones que conoce, abarca y cultiva »el hombre, como criatura que es racional é inteligente, »no criatura meramente sensible y sociable..... La mujer, »dotada tan sólo de la instruccion indispensable para »conocer su inferioridad, presa del ocio, fácilmente se »abandona al tedio, fuente abundosa de todo peligro y de

»todo desórden.....Porque con el sistema que prevalece,
»áun entre las clases ménos acomodadas, de echar de
»casa á los hijos desde la edad más tierna, enviándolos
»al colegio; con los progresos de la mecánica, que al
»aliviar las faenas del hombre, han desterrado del hogar
»toda industria, la mujer que no hila, ni teje, ni borda
»apénas, y que lo poco que tiene que coser, lo cose como
»si dijéramos al vapor, porque lo cose á máquina, ¿en
»qué ha de emplear el tiempo que le sobra, si no lo
»emplea en cultivar su inteligencia? Y no ocupán-
»dole en este noble, sano y fecundo ejercicio, ahora
»que no padece el antiguo cautiverio, ahora que no está
»encarcelada en el serrallo, ni confinada en el gineceo,
»ni escoltada por un rodrigon, ni vigilada por una dueña;
»ahora que tan tristemente enervada su fe religiosa,
»cimiento y raiz de toda moral, consagra sólo en deter-
»minados dias algunos momentos á la observancia de los
»deberes cristianos; ahora que la caridad, en la forma
»de asociacion con que se practica y dispensa, apénas
»obliga á una señora á abreviar una vez al mes la tarea
»del tocador y el culto de su persona; en tal desamparo
»y soledad, ¿cómo escapará el alma vacía de la mujer al
»peso de la inaccion y á las tentativas del bullicio? ¿De-
»vorando acaso novelas malsanas, para empezar vaci-
»lando al leer á Julia y acabar avergonzada y confusa,
»desluciendo con cieno su corazon y su espíritu al leer á
»Valentina? No: la mujer que haya de consagrar toda
»su alma y todo su tiempo al amor y contemplacion de
»Dios, ha de ser una Teresa de Avila: la que haya de
»consagrarlos al amor y al bien del prójimo, ha de ser
»una Isabel de Hungría; esas almas grandes, esas almas
»tiernas, esas almas santas, esas almas escogidas, en
»cuya virtud y pureza se mira el Hacedor, como en un

»espejo, y cuya pureza y virtud siente y admira el hom-
»bre, sin llegar nunca á comprenderlas y avalorarlas,
»salen de la esfera ordinaria como excepciones y singu-
»laridades que no pueden medirse con ninguna regla.
»Pero el comun de las mujeres, supuestas su complexion
»física y moral, y su exquisita sensibilidad y su imagi-
»nacion voraz y volcánica; y habida consideracion á
»nuestras actuales costumbres, á nuestro estado de civili-
»zacion y á las condiciones generales é irresistibles del
»mundo moderno, necesita instruirse con gran variedad
»de sustancias para formar su razon, moderar su fantasía
»y dirigir su temperamento; para enriquecer su alma
»con la digestion y posesion de la verdad, de la bondad
»y de la belleza; para educar, ilustrar y robustecer su
»conciencia, y medir por el valor de su conciencia y de
»su alma, el valor de su persona, y tenerse en mucho,
»bajo el punto de vista del honor y del deber, y deducir
»de esta conviccion el respeto de sí misma y la fortaleza
»segura y sosegada; centinelas domésticos, constantes é
»incorruptibles, á quienes ningun lazo engaña, ni nin-
»guna fascinacion adormece. Fuera de este camino no
»hay salvacion para la patria ni para la sociedad, por-
»que cuando la mujer se estaciona y no adelanta, en-
»tónces desciende, y descendiendo la mujer, tambien
»desciende necesariamente el hombre.»

Con razon abogaba Rios Rosas en tan levantado estilo por la instruccion para la mujer, y pudiera haber añadido que al darla toda la extension y variedad indispensables en la época presente, no se haria sino reanudar las buenas tradiciones de los tiempos mejores de nuestra historia. Acabamos de ver que lo que parece á algunos novedad aventurada ó peligrosa de países extraños, tiene en el nuestro, desde hace largos años y áun centurias, notables

y provechosos precedentes que se pueden repetir sin inconveniente alguno. Si las mujeres estudian, reciben grados académicos y desempeñan cátedras, imitarán el ejemplo de Doña Isidra de Guzman, de Doña Lucía de Medrano y de Doña Francisca de Nebrija. Cuando funden y presidan reuniones y academias literarias para estimular en sus trabajos á los escritores distinguidos con el irresistible atractivo de la belleza y del ingenio, seguirán las huellas de la Marquesa de Lemos y de la Duquesa de Arcos. Si las Reales Academias les abren algun dia sus puertas, las conferirán una alta distincion con que se honraron la Doctora de Alcalá, la Duquesa de Huescar y las Marquesas de Santa Cruz y de Estepa; que entónces las señoras principales, no satisfechas con pertenecer sólo á la aristocracia de la sangre, mostraban el buen gusto de querer brillar tambien en la del talento. Las escritoras que alcancen justa fama, vendrán á continuar la série en que tanto descuellan la admirable Teresa de Jesús y luégo la Zayas, Sor María de Agreda y Fernan-Caballero: y las que sientan agitada la mente por inspiracion poética aspirarán á rivalizar con la monja de Méjico y con la insigne autora del *Príncipe de Viana*. La instruccion indispensable es para todas; y áun por egoismo no debemos caprichosamente limitarla, que la mujer, cuando á la gracia del rostro une la hermosura del alma, y la ilustracion al entendimiento, ha sido y será siempre para el hombre la poesía y la felicidad de la vida.

CONTESTACION

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN VALERA.

SEÑORES:

Nada podria lisonjearme y agradarme más que el encargo que me habeis dado de contestar al bello discurso que acabamos de oir. Su autor, recibido hoy en el seno de esta corporacion, está unido á mí por lazos de parentesco, y, lo que es más estimable y grato, por amistad de mucho tiempo, jamás interrumpida hasta ahora y que promete no serlo nunca.

Si la disposicion de ánimo, que de este afecto nace, no tuerce mi juicio, inclinándole á la benevolencia, me atrevo á afirmar que la obra literaria, que el nuevo Académico nos ha leido, corrobora las razones que para elegirle tuvísteis, siendo dichosa muestra de sobriedad, tersura y sencilla elegancia de estilo y cumplido dechado de crítica juiciosa.

Pero, por mucho que valga su discurso, el Conde de Casa-Valencia habia exhibido ántes otros títulos de más valer para aspirar á tomar asiento entre vosotros.

No pocas veces he discutido yo con él acerca de un

punto importantísimo en la historia de toda literatura, y singularmente de la española, en nuestros dias. Fundábase nuestra controversia en este aserto, que dábamos por sentado: en nuestra España apénas tiene el escritor el incentivo del lucro, ó es tan ruin el incentivo que no debe suponerse que sea él y no el amor de la gloria quien á escribir estimule.

La controversia era, pues, sobre si tal carencia, ineficacia ó escasez de incentivo, era un bien ó un mal para las letras.

Como yo no vengo aquí á hacer pública confesion de mis culpas, no diré si por carácter vacilo; pero sí confesaré que, salvo en ciertas cuestiones de primer órden, en que sostengo siempre la misma opinion, rayando en tenacidad mi consecuencia, suelo en muchas otras, que considero secundarias, vacilar con demasía y no acabar nunca de decidirme, fluctuando entre los más encontrados pareceres. Percibo ó imagino que percibo cuantos argumentos hay en pró y en contra, y ya me siento solicitado por unos, ya atraido por otros, en direcciones opuestas.

En este asunto de las letras mal remuneradas me ocurre, mil veces más que en otros, tan lastimosa fluctuacion.

Prescindo del interés que como escritor me induce á desear que los libros se vendan á fin de hallar en componerlos medio honrado de ganar la vida. Y libre mi criterio de esta seduccion, diré en breves frases lo que en pró de ambos pareceres se presenta á mi espíritu.

Cuando era yo mozo, me encantaba la lectura de un tratado del célebre Alfieri, cuyo título es *Del Príncipe y de las letras*. Nada me parecia más razonable que lo que

allí se afirma. Todavía, en tiempo del autor, los poetas, los filósofos, los que componian historias, todos los escritores, en suma, contaban poco con el vulgo, y esperaban ó gozaban remuneracion por sus trabajos de algun magnate, monarca, tirano ó señor espléndido, que los protegia. Contra esto se enfurece Alfieri, declama con severa elocuencia y se desata en invectivas y en raudales de indignacion. Para complacer al príncipe, magnate ó tirano, á quien se sirve y de quien todo se espera ó teme, importa adular, encubrir á menudo las verdades más provechosas al género humano y emplear un estilo sin nervio. El escritor, pues, que se respete y que estime su mision en lo que vale, es menester que se sustraiga y emancipe de la proteccion y tutela del tirano, que aprenda y ejerza oficio manual para vivir independiente, y que, de esta manera, escribiendo sólo por amor á la gloria y por filantropía, esto es, por deseo santísimo y purísimo de adoctrinar á los hombres y de hacerlos más virtuosos, componga obras merecedoras de pasar á la posteridad, para bien de las generaciones futuras, á quienes sirvan de guía y norte.

Todos estos razonamientos repito que me encantaban. Y yo daba gracias fervientes al cielo porque me habia hecho nacer en una edad en que las cosas habian cambiado de tal suerte, que el escritor, contando con el público, para nada necesitaba de tirano á quien adular, ni á fin de no incurrir en su enojo se veia obligado á callar las más útiles y hermosas teorías.

Despues vinieron la contradiccion y la duda. Esto que hoy se llama público y que en lo antiguo con vocablo ménos respetuoso se llamaba vulgo, ¿no es tirano tambien? ¿No es menester adularle si queremos ganar su voluntad? ¿No conviene decirle las cosas que le deleitan

para tenerle propicio? ¿No se necesita callar las verdades más sanas para que no se enfade?

Si el público fuera en realidad equivalente al vulgo, si el público y el pueblo fuesen la misma entidad, aún se podria sostener que posee, si no reflexivo acierto para apreciar la bondad, la verdad ó la belleza, instinto semidivino y casi infalible que le lleva á fallar sobre todo ello con justicia. Pero, entre las muchedumbres que gozarán, á no dudarlo, de tan noble instinto, y el escritor que á ellas se dirige, siempre ó casi siempre se interpone cierta capa social, aunque leve y sutil, muy tupida, donde la voz se embota y apaga ó el escrito se detiene, sin llegar ante los ojos ó sin penetrar en los oidos de ese vulgo ó de ese pueblo, que exento de prejuicios y con certera candidez sabria decidir lo justo, si la voz ó el escrito se pusiera á su alcance. Detenidos éstos en la mencionada capa social, sólo de ella pueden los escritores esperar hoy el galardon que apetecen. Lo malo es que las gentes que forman esta capa social son, á mi ver, poco á propósito para el fallo. Egoistas en grado sumo, se dejan arrastrar de la pasion ó del interés del momento. Hasta lo más excelso y trascendental se subordina á la moda: ora por moda son creyentes; ora por moda son impíos. A la adulacion se hallan tan propensos como el más engreido tirano. Y suelen carecer del buen gusto de que algunos tiranos, protectores de las letras, han dado pruebas brillantísimas. Bien puede ponerse en duda que haya habido jamás clase media bastante ilustrada para competir en tino, al proteger la poesía y las demás letras humanas, con Pericles, Augusto, Mecenas, Bembo, Leon Décimo, Lorenzo el Magnífico, Luis XIV de Francia y el Duque de Weimar. Ni sé yo, si se ahonda y escudriña bien este negocio, qué cosas tan útiles al linaje humano se hubie-

rón de callar los protegidos por no incurrir en el desagrado de sus egregios protectores. ¿Qué prohibiria decir, por ejemplo, el Duque de Weimar á Herder, Wieland, Lessing, Goethe y Schiller? Yo me doy á entender que ellos dijeron todo lo que quisieron, y que, sin miedo de perder el favor del amable soberano que los hospedaba y regalaba con generosa magnificencia, permitáseme lo familiar de la frase, se despacharon á su gusto.

No se opone esto á que Alfieri en general tuviese razon; pero es menester hacer extensivo su argumento no sólo al escritor que se somete á un príncipe, sino tambien al escritor que al público se somete. Por donde vendrá á inferirse que la verdadera independencia y nobleza de quien escribe está en el propio ser de su alma y no en la circunstancia exterior de que viva asalariado por un príncipe ó por un mercader de libros que le paga con lo que del público cobra.

Sea como sea, en el dia este segundo modo de ganar algo con las letras es el único posible. Los príncipes no son señores de vidas y haciendas; apénas se halla tirano, amable ó no amable, que pueda disponer de la fortuna pública para proteger á los poetas y literatos; y lo más natural es que éstos se hagan pagar por el público su trabajo; porque no se ha de confundir por ningun estilo el antiguo patrocinio de los príncipes con lo que hoy se llama proteccion oficial. Esto, por muchas garantías que se den y por más exquisitas precauciones que se tomen, tiene todos los inconvenientes de los otros dos modos de proteccion. En lo tocante á servilismo baja hasta lo ínfimo, pues no se trata ya de adular á los Médicis ó al distinguido y simpático Duque de Weimar, sino al Ministro, tal vez zafio y oscuro, al Director, tal vez lego, y acaso, acaso, al triste Oficial del Negociado. Las elegancias corte-

sanas, los primores del estilo, la atildada compostura, que para ganar la proteccion de la Corte se requerian, están aquí de sobra. Por todo lo cual entiendo que de esta proteccion oficial, concedida en virtud de prosáicos expedientes, sólo nace una literatura enfermiza y enteca, como planta criada en invernáculo: libros de pacotilla, sin elevacion ni libertad de espíritu en quien los escribe, y desprovistos además de aquella distincion y de aquella pulcritud aristocráticas, que siempre son un mérito, no existiendo otros de más sustancia.

Así, pues, yo propendo á creer que es inútil, si no por todo extremo nociva, la proteccion oficial á la literatura, y en particular á la amena, y sólo comprendo que proteja y subvencione el Estado ciertas producciones tan hondas, sutiles y tenebrosas, que se pueda presumir razonablemente que no cuentan en una nacion, medio culta siquiera, con un público que pase de cien personas, como por ejemplo, un libro de matemáticas sublimes, erizado de fórmulas, signos y figuras, y atiborrado de cifras, misteriosas para el profano. Lo demás, ó dígase novelas, versos, historia, política, y hasta filosofía, el público debe pagarlo, y si no lo paga, mejor es que no se escriba ó que se escriba de balde.

Casi se puede afirmar que tal es el caso en España.

Aquí renace la cuestion. ¿Esto es un mal ó es un bien? Yo, á pesar de mis vacilaciones, y á pesar del interés personal que me lleva á creer lo contrario, creo que es un bien.

Todo el que tiene ó imagina tener algo peregrino, bello y nuevo que decir, de seguro que no se lo calla: lo dice, aunque no se lo paguen. Por decirlo es muy capaz de pagarlo, si tiene dineros. ¿Hay mayor hechizo que el de que nos escuchen ó nos lean? Fiado en este

hechizo, trazó Leopardi el gracioso y lucrativo proyecto de una compañía ó sociedad de oyentes, que se haria pagar por oir á los autores. El filósofo que inventa un sistema, el vidente que percibe al númen agitando su alma, y el poeta á quien el estro hiere y aguija con invencible brío, escribirán sus filosofías, sus poesías y sus visiones, aunque nada les valgan. El escribir entónces será de veras sacerdocio: algo de devotísimo y sagrado que no se tomará por oficio. Se escribirán pocos libros medianos. Sólo se escribirán algunos buenos. Y se escribirán muchos pésimos, por los alucinados de la gloria; pero esto no obsta, porque el rio del olvido los arrastrará en su corriente, á poco de haber salido á luz y sin dejar huella ninguna.

De que los libros no valgan dinero resultará que todos aquellos hombres de entendimiento, que sirven para algo, harán mil cosas útiles y no escribirán. Sólo escribirán los verdaderamente inspirados, los amantes de la gloria, los punzados é impelidos por el estro, los que tienen algo grande y nuevo que decir, ó el que absolutamente no sirve para nada, y, como ha seguido carrera literaria, se hace escritor, desesperado de no poder ser otra cosa y para consolacion en su desventura.

Infiero yo de aquí que no reflexionan derechamente los que, llenos de terror de que haya tanto letrado en España, dicen que deben dificultarse las carreras á fin de que muchos tomen oficio ó se empleen en más humildes menesteres; porque nuestras aficiones hidalgas ó señoriles no lo consentirán nunca; y, si el que estudia algo, aunque sea poco, se convierte hoy en autor, cuando no estudie nada, y no espere regalo y favor de las musas, como ya hacen muchos que no han cursado en las Universidades, se convertirá en hacendista, y las

cosas empeorarán. Un poeta, por perverso que sea, es al cabo ménos dañino que cualquiera aspirante á ministro de Hacienda, ó á banquero ó á director del Tesoro.

El argumento no vale, sin embargo, sino para probar que no son dañinos los muchos autores, y no para excitar á que se paguen sus obras.

Donde éstas se pagan bien, por lo rico y más próspero del pueblo para quien se escriben, hay que lamentar hoy cierta plétora. Así en Inglaterra. Tauchnitz, editor de Leipzig, hace una edicion de autores ingleses, contemporáneos los más. Es de presumir que sólo publica lo mejor. Su biblioteca ó coleccion, no obstante, consta ya de mucho más de mil volúmenes. Convengamos en que esto pone grima. ¿Es posible que el espíritu humano, por fértil que sea, tenga suficientes primores, novedades y lindezas que decir, para llenar tantos volúmenes, ó habrá harto de repeticiones y de palabrería? Lo confieso: al ver esta viciosa lozanía, esta intrincada selva ó matorral de libros, que nacen donde se pagan, casi me avengo á que no se paguen aquí ó se paguen mal, á fin de que sólo escriban los que por ilusion sandia se creen *genios*, ó los que tienen algo de *genios* y no pueden ménos de escribir. Los libros de aquéllos pasarán y los pocos de éstos quedarán, como conviene que queden, sin confundirse en el fárrago insulso de tanto como por oficio se escribe.

Por otra parte, donde no valen dinero las obras literarias, los autores no suelen ser tan prolijos en escribir, y esto es gran ventaja. Aunque yo disto infinito de ser profundo, venero la profundidad, si bien me guardo de confundir lo profundo con lo difuso. Y cierto que hoy se peca gravemente en esto, donde los libros valen. Hay, verbigratia, una Historia de Inglaterra, que se toma por

modelo. No empieza la narracion sino doscientos años há. El autor murió dejando escritos, en unos ocho tomos de la citada edicion de Tauchnitz, ocho años sobre poco más ó ménos de dicha historia. Para escribirla toda hasta hoy hubiera sido menester en el autor la facilidad del Tostado y la vida de Matusalen, á fin de escribir doscientos tomos. Y hasta para leer toda la historia uno que no leyese muy de priesa tendria que consumir lo mejor de su vida.

Si estas razones tengo para no sentir que el oficio de escritor sea bien retribuido, no faltan razones desinteresadas para desear que lo sea. Y es una de gran peso el considerar que no se logra escribir bien y sacar á luz obras inmortales con larga meditacion y estudio, sino que las mejores obras suelen brotar de repente, y el autor las produce como por milagro y caso divino, escribiendo veinte cosas malas ó medianas ántes de atinar con una buena.

En los terrenos feraces, si se siembra trigo y se cultiva bien, el trigo nace en abundancia; pero no dejan de nacer cizaña y otras yerbas perniciosas; y, sin embargo, no es razon que, á fin de evitar que la cizaña nazca, se quede por cultivar el terreno y no se eche en él buena simiente. Ya vendrá en su dia y sazon quien escarde el haza ó sembrado, y arranque lo que allí ha nacido de más, á fin de que el trigo crezca, medre y cunda sin ahogo.

Esto, en las letras, lo hace la crítica. Porque yo me figuro, pongo por caso, que habia de haber un sin número de cantos ó narraciones populares sobre la guerra de Troya, y que sin duda algun sabio discreto desechó lo más y escogió lo ménos y más hermoso, y, enlazándolo entre sí con artificio y órden, compuso los maravillosos poe-

mas de la Iliada y de la Odiséa. Y del gran moralista antiquísimo de los chinos, no ya por presuncion se colige, sino que á ciencia cierta se sabe, que de fatigosa cantidad de sentencias, eliminando muchas, ya por vanas y frívolas, ya por repetidas, reunió lo mejor y más sustancioso, y esto le dió la fama, el crédito y la autoridad semi-divina de que él goza entre los de su nacion y casta, con provecho y bienandanza de todos.

Por este lado, pues, yo me inclino á desear que se escriba mucho, aunque se nos antoje que no es de mérito, porque sin tanta rapsodia no hubiera salido la Ilíada, y sin tanta sentencia no hubiera podido extraer las suyas el sabio Confucio.

En España, dejando en suspenso el decidir si es bien ó mal, ya que en mi entender para todo hay razones, se escribe poco en proporcion de lo que en otros países se escribe. Y áun de eso poco que se escribe en España, no suele ser lo peor lo que, por incuria ó falta de estímulo, queda inédito ó pasa ignorado.

Notable prueba de lo que digo pudieran dar bastantes varones ilustres, que ocuparon las sillas de esta Academia, cuyas obras, de gran importancia unas, y otras de sabrosísima lectura, andan perdidas en los periódicos, ó existen manuscritas y expuestas á perecer, sin que nadie las imprima y publique en coleccion: así, por ejemplo, los escritos de D. Agustin Durán, de D. Antonio Alcalá Galiano, de D. José Joaquin de Mora y de otros.

Los españoles son más aficionados al tumulto del espectáculo público que á la soledad y al retiro, y más se avienen con emplear los oidos en escuchar, que los ojos en leer las creaciones del ingenio, por donde éste suele mostrarse, mejor que en el libro, en el teatro y en la

tribuna. De aquí que nuestra Academia elija gran parte de sus individuos entre los autores dramáticos y los oradores.

De los últimos hay varios que apénas han dejado escritos, por faltarles tiempo y aliciente para escribir, si bien por lo poco que dejaron es fácil rastrear y columbrar cuánto hubieran acertado al hacerlo, si con afan hubiesen dedicado á tales tareas las altas prendas de escritores que los adornaban. Valga como muestra la bellísima cita, hecha por el Conde de Casa-Valencia en el discurso á que contesto, de un artículo del Sr. Rios Rosas, *La mujer de Canarias*, única produccion en prosa, que á más del discurso de recepcion aquí, confieso conocer, como trabajo meramente literario, de tan eminente repúblico y tribuno.

El nuevo Académico, á quien tengo la honra de contestar, se cuenta entre aquellos que vienen principalmente aquí á título de oradores, como Pacheco, Olózaga, Gonzalez Bravo y el citado Rios Rosas.

Su elocuencia parlamentaria y didáctica es harto digna de este premio. Fácil y diserto en cuanto dice, une el Conde, á la elegancia de la frase, la nitidez, la correccion y el método, que valen tanto para hacerse comprender; la amenidad y la gracia, que atraen al auditorio y ganan las voluntades; la firmeza que infunde el convencimiento; y la circunspeccion, la mesura y el sereno reposo, que cuadran y se ajustan tan bien con la índole del hombre de Estado.

Pero el nuevo Académico no ha lucido sólo en las Asambleas políticas las dotes que como orador le distinguen, sino que, durante tres años, ante numeroso y complacido concurso, ha dado en el Ateneo interesantes lecciones sobre *La libertad política en Inglaterra*,

las cuales, con aplauso general y no escaso fruto de los que estudian sériamente la política, corren impresas en tres volúmenes. En ellos, á más de campear las excelencias que ya he encomiado, se atesoran no pocas noticias históricas, para la generalidad de nuestros compatriotas desconocidas, y muchas advertencias y máximas, sacadas con tino y agudeza de los mismos hechos que se refieren.

Entre otros trabajos del Conde, es muy de alabar además uno bastante extenso, publicado en la *Revista de España*, con el título de *La embajada de Don Jorge Juan en Marruecos*, en el cual, no sólo se descubren excelentes condiciones del estilo propio para la narracion histórica, sino la aptitud didáctica, sesuda y reflexiva, de que el autor da tantas señales en las precitadas lecciones.

De su discurso de recepcion sería petulancia en mí el hacer aquí panegírico. ¿Cúal mejor que vuestro aplauso? ¿Qué prueba más clara de su mérito que el deleite é interés incesante con que le habeis oido?

Grande es mi deseo de contestar dignamente á dicho discurso; pero ni la premura del tiempo, ni las dolencias y graves disgustos, que en estos dias me han aquejado, ni mi falta de serenidad y de paz interior, habrian de consentirlo, aunque la pobreza de mi erudicion y la cortedad de mi entendimiento no lo estorbasen.

El tema sobre que versa el discurso no puede serme más simpático: pero esto no basta.

Con ocasion de que las mujeres se complacen ahora en asistir á estas reuniones, encarece mi amigo y compañero la capacidad que hay en ellas para el cultivo de las letras y cuán útil y conveniente es que las cultiven. En todo esto mi mente se halla en perfecta consonancia con la

suya. Nada diria yo, aunque supiera decirlo, para invalidar sus razones. Lo poco que yo añada será para esforzarlas.

El sér espiritual de la mujer no me parece, con todo, igual al del hombre, sino radicalmente distinto. Lo que el espíritu de ellas concibe sería, á mi ver, monstruoso, si no diese señales de que es de mujer. Mas esta desigualdad no implica diferencia de valer, ni presupone inferioridad mucho ménos. La diferencia está en las condiciones y calidades: en algo que se siente de un modo confuso y que es difícil de determinar y de expresar.

Pero la diferencia existe, y, aunque no sea más que por esta diferencia, deben escribir las mujeres. Si sólo escriben los hombres, la manifestacion del espíritu humano se dará á medias: sólo se conocerá bien la mitad del pensar y del sentir de nuestro linaje. En los pueblos donde la mujer vive envilecida en la servidumbre, y no se la deja educarse y saber, la civilizacion no llega jamás á completo florecimiento: ántes de llegar, se corrompe ó se marchita. Es como si al alma colectiva de la nacion ó casta donde esto ocurre se le cortase una de las alas. Es como sér vivo que tiene la mitad de su organismo atrofiado ó inerte por la parálisis.

Si el alma de la mujer es diferente de la nuestra, hasta en la operacion más inmaterial debe notarse. Y yo creo justo y consolador sostener esta diferencia. Si yo cayese en la tentacion de hacerme espiritista y de dar fe á la *palingenesia, metempsícosis,* ó como quiera llamarse, imaginando que renacemos en otros astros y mundos de los que pueblan el éter insondable, entenderia que la mujer siempre quedaba mujer; pues tendria yo una desazon grandísima si me volviese á hallar, en Urano ó en Júpiter, con la linda señora, á quien hubiese amado en

nuestro planeta, aunque fuese de un amor más platónico que el de Petrarca por Laura, convertida en caballero, ó en algo equivalente, segun los usos de por allá.

No puede ser mero accidente orgánico el ser de un sexo ó de otro, sino calidad esencial del espíritu que informa el cuerpo.

Repito, no obstante, que no implica esto que se dé inferioridad en las mujeres, ni en el alma ni en los órganos que la sirven. Los españoles nos hemos inclinado siempre á creerlas superiores en todo. El sublime concepto que de ellas tenemos se cifra en cierta sentencia que Calderon, no una, sino varias veces, pone en boca de sus galanes:

> Que si el hombre es breve mundo,
> la mujer es breve cielo.

Recuerdo que Juan de Espinosa, en cierto *diálogo* que escribió *en laude de las mujeres*, titulado *Ginaecepaenos*, se extrema en ponderar lo superiores que son en todo las mujeres, valiéndose para ello de las doctrinas escolásticas, de la historia, de la teología y de los argumentos más raros y sutiles. Dice, por ejemplo, con *darwinismo* profético y piadoso, que Dios sacó de lo ménos acabado y perfecto lo más perfecto y acabado. Del hombre sacó á la mujer, no sin menoscabo y detrimento, pues que le sacó una costilla; y de la mujer, sin detrimento ni menoscabo alguno, sacó un perfectísimo varon, en quien quiso humanarse. Otra observacion no ménos curiosa del *Ginaecepaenos* es que el hombre fué creado por Dios en cualquiera parte, miéntras que á la mujer la creó Dios en el Paraiso.

Dejando á un lado estas cuestiones, sobrado profundas,

digo que la mujer, aun cuando no escriba, influye benéficamente inspirando lo mejor de cuanto se escribe. ¿Qué poesía, qué drama, qué leyenda, qué novela, no tiene por asunto principal el amor de la mujer? Inspirado por su amor y deseoso de conquistar su amor, canta casi siempre el poeta. Mas no contentas las mujeres con tanta gloria, no satisfechas de inspirar sólo, han querido y debido escribir tambien, á fin de que una de las faces de nuestro espíritu, colectivamente considerado, no quede en la sombra, sin dejar rastro y sin dar razon permanente de sí.

El nuevo académico, concretándose á nuestra patria, ha hablado con elogio merecido y ha hecho el recuento de las mejores escritoras que enriquecen el idioma castellano con sus producciones.

Es evidente que, en un discurso que por fuerza no ha de extenderse demasiado, no puede esto hacerse por completo. España ha sido tierra fecundísima en escritoras, y el Conde de Casa-Valencia ha tenido que hablar poco de las que ha hablado y que dejar de hablar de muchas.

Con más reposo y tiempo, que los que tengo ahora, no me sería difícil, ya que no completar, añadir algo, citando otras autoras de la época cristiana, y hasta hablando de las poetisas muslímicas, que las hubo en gran número y muy notables.

Un compañero nuestro, el académico correspondiente D. Gumersindo Laverde, pronto, por dicha, llenará este vacío. Sé que reune noticias con diligencia, y que escribe sobre el asunto. Yo espero que Dios mejore su quebrantada salud, así por lo mucho que estimo y quiero á tan laborioso, entendido y modesto amigo, como para que el público goce del libro que acerca de las escritoras

españolas está componiendo, y que será de seguro bueno y provechoso; como toda obra suya.

Quisiera yo, no obstante, añadir aquí algo, sobre lo que ha dicho el Sr. Conde, en alabanza de nuestra gran poetisa doña Gertrudis Gomez de Avellaneda; pero temo repetir lo que ya en algunos escritos mios, á que me remito, dije de sus obras líricas y de alguna dramática.

La premura del tiempo me incita además á no hablar de la gran poetisa, para consagrarme todo, en lo que puedo decir aún sin fatigar vuestra atencion, á otra mujer, á otra poetisa harto más asombrosa, hija de nuestra España y una de sus glorias mayores y más puras; la cual, áun considerándolo todo profanamente, me atrevo á decir, sin pecar de hiperbólico, que vale más que cuantas mujeres escribieron en el mundo.

Mi pluma tal vez la ofenda por torpe é inhábil; pero mi intento es sano y de vivo entusiasmo nacido. Mi admiracion y mi devocion son tales que, si respondiese mi capacidad á mi afecto, diria yo algo digno y grande en su elogio.

Bien pueden nuestras mujeres de España jactarse de esta compatriota y llamarla sin par. Porque, á la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire, he de poner á Shakspeare, á Dante, y quizás al Ariosto y á Camoens; Fenelon y Bossuet compiten con ambos Luises, cuando no se adelantan á ellos; pero toda mujer, que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y áun queda inmensamente por bajo, comparada á Santa Teresa.

Y no la ensalzo yo como un creyente de su siglo, como un fervoroso católico, como los santos, los doctores y los prelados sus contemporáneos la ensalzaban. No voy á

hablar de ella impulsado por la fe poderosa que alentaba á San Pedro Alcántara, á San Francisco de Borja, á San Juan de la Cruz, al venerable Juan de Avila, á Bañes, á Fray Luis de Leon, al Padre Gracian, y á tantas otras lumbreras de la Iglesia y de la sociedad española, en la edad de oro de nuestra monarquía; ni con el candor con que la amaban y veneraban todos aquellos sencillos corazones que ella robó con su palabra y con su trato para dárselos á su Esposo Cristo; sino desde el punto de vista de un hombre de nuestro tiempo; incrédulo tal vez; con otros pensamientos, con otras aspiraciones, y, como ahora se dice, con otros ideales.

En verdad que no es este el punto de vista mejor para hablar de la Santa; pero yo apénas puedo tomar otro. No hay método además que no tenga sus ventajas.

Para las personas piadosas es inútil que yo me esfuerce. Por razones más altas que las mias, comparten mi admiracion. Y en dicho sentido, nada acertaria á escribir yo que ya no hubiesen escrito tantos teólogos y doctores católicos de España, Alemania, Francia, Italia y otras naciones, devotos todos de la admirable monja de Avila, y que, en diversas lenguas y en épocas distintas, elogiaron sus virtudes, contaron su vida y difundieron su inspirada enseñanza.

Aunque este escrito mio no fuese improvisado, aunque me diesen años y no horas para escribirle, nada nuevo podria añadir yo de noticias biográficas, bibliográficas y críticas, despues de la edicion completa de las obras de la Santa, hecha por D. Vicente de la Fuente, con envidiable amor, con afanoso esmero y con saber profundo.

Véome, pues, reducido á tener que hablar de la Santa sólo como profano en todos sentidos.

Mis palabras no serán más que una excitacion para que alguien, con la ciencia y el reposo de que carezco, no en breve disertacion sino en libro, exponga por el método que hoy priva aquella doctrina suya, que Fray Luis de Leon llamaba *la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron.*

Algo de esto ha hecho, para vergüenza nuestra, un escritor francés, Pablo Rousselot, en libro que titula *Los místicos españoles*, donde, si deja mucho que desear, aún nos da más que agradecer, ya que ha sido el primero en tratar el asunto como filósofo, moviendo á algunos españoles, á par que á impugnarle y completarle, á imitarle y á seguir sus huellas. Tales son un distinguido compañero nuestro, que no nombro, porque está presente y ofenderia su modestia, y el filósofo espiritualista de Béjar, D. Nicomedes Martin Mateos, á quien me complazco en mentar aquí y con cuya buena amistad me honro.

La dificultad de decir algo nuevo y atinado de Santa Teresa crece al considerar lo fecundo y vario de su ingenio y la multitud de sus escritos; y más aún si tenemos en cuenta que su filosofía, *la más alta y más generosa*, no es mera especulacion, sino que se trasforma en hechos y toda se ejecuta. No es misticismo inerte, egoista y solitario el suyo, sino que desde el centro del alma, la cual no se pierde y aniquila abrazada con lo infinito, sino que cobra mayor aliento y poder en aquel abrazo; desde el éxtasis y el arrobo; desde la cámara del vino donde ha estado ella regalándose con el Esposo, sale, por que él le *ordena la caridad*, y es Marta y María juntamente; y embriagada con el vino suavísimo del amor de Dios, arde en amor del prójimo y se afana por su bien, y ya no *muere porque no muere*, sino que anhela vivir

para serle útil, y padecer por él, y consagrarle toda la actividad de su briosa y rica existencia.

Pero áun prescindiendo aquí de la vida activa de la Santa y hasta de los preceptos y máximas y exhortaciones con que se prepara á esta vida y prepara á los que la siguen, lo cual constituye una admirable suma de moral y una sublime doctrina ascética, ¡cuánto no hay que admirar en los escritos de Santa Teresa!

Divertida y embelesada la atencion en tanta riqueza y hermosura como contienen, no sabe el pensamiento dónde fijarse, ni por dónde empezar, ni acierta á poner órden en las palabras.

A fin de decir, sin emplear muchas, algo digno de esta mujer, sería necesario, aunque fuese en grado ínfimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiracion que la agitaba y que movia al escribir su mente y su mano; un asomo de aquel estro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veian con grande y hermoso resplandor en la cara, conforme estaba escribiendo, y que la mano la llevaba tan ligera que parecia imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embebida en ello que, áun cuando hiciesen ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decia la estorbasen.

No traigo aquí esta cita como prueba de milagro, sino como prueba candorosa de la facilidad, del tino, del inexplicable don del cielo con que aquella mujer, que no sabía gramática, ni retórica, que ignoraba los términos de la escuela, que nada habia estudiado en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparacion más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas

más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo sér.

Su estilo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, á los ojos desapasionados de la crítica más fria, es un milagro perpétuo y ascendente. Es un milagro que crece y llega á su colmo en su último libro; en la más perfecta de sus obras: en *El Castillo interior ó las Moradas*.

La misma Santa lo dice: *El platero que ha fabricado esta joya sabe ahora más de su arte.* ¡En el oro fino y aquilatado de su pensamiento, cuán diestramente engarza los diamantes y las perlas de las revelaciones divinas! Y este diestro artífice era entónces, como dice el Sr. La Fuente, «una anciana de sesenta y dos años, mal»tratada por las penitencias, agobiada por enfermedades »crónicas, medio paralítica, con un brazo roto, perse»guida y atribulada, retraida y confinada en un convento »harto pobre, despues de diez años de una vida asende»reada y colmada de sinsabores y disgustos.»

Así escribió su libro celestial. Así, con infalible acierto, empleó las palabras de nuestro hermoso idioma, sin adorno, sin artificio, conforme las habia oido en boca del vulgo, en explicar lo más delicado y oscuro de la mente; en mostrarnos, con poderosa magia, el mundo interior, el cielo empíreo, lo infinito y lo eterno, que están en el abismo del alma humana, donde el mismo Dios vive.

Su confesor el Padre Gracian y otros teólogos, con sana intencion sin duda, tacharon frases y palabras de la Santa y pusieron glosas y otras palabras; pero el gran maestro en teología, en poesía y en habla castellana, Fray Luis de Leon, vino á tiempo para decir que se podrian excusar las glosas y las enmiendas, y para avisar

á quien leyere *El Castillo interior* «que lea como escribió »la Santa Madre, que lo entendia y decia mejor, y deje »todo lo añadido; y lo borrado de la letra de la Santa »délo por no borrado, si no fuere cuando estuviere en»mendado ó borrado de su misma mano, que es pocas »veces.» Y en otro lugar dice el mismo Fray Luis, en loor de la escritora, y censurando á los que la corrigieron: «Que hacer mudanza en las cosas que escribió un »pecho en quien Dios vivia, y que se presume le movia »á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy »feo querer enmendar las palabras; porque, si entendie»ran bien castellano, vieran que el de la Madre es la »misma elegancia. Que, aunque en algunas partes de lo »que escribe, ántes que acabe la razon que comienza, »la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comen»zando muchas veces con cosas que ingiere, mas ingié»relas tan diestramente y hace con tan buena gracia la »mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura.»

Entiendo yo, señores, por todo lo expuesto, y por la atenta lectura de los libros de la Santa, y singularmente de *El Castillo interior*, que el hechizo de su estilo es pasmoso, y que sus obras, áun miradas sólo como dechado y modelo de lengua castellana, de naturalidad y gracia en el decir, debieran andar en manos de todos y ser más leidas de lo que son en nuestros tiempos.

Tuve yo un amigo, educado á principios de este siglo y con todos los resabios del enciclopedismo francés del siglo pasado, que leía con entusiasmo á Santa Teresa y á ambos Luises, y me decia que era por el deleite que le causaba la diccion de estos autores; pero que él prescindia del sentido, que le importaba poquísimo. El razonamiento de mi amigo me parecia absurdo. Yo no comprendo que puedan gustar frases, ni períodos, por

sonoros, dulces ó enérgicos que sean, si no tienen sentido, ó si del sentido se prescinde por anacrónico, enojoso ó pueril. Y sin callarme esta opinion mia, y mostrándome entónces tan poco creyente como mi amigo, afirmaba yo, que así en las obras de ambos Luises, como en las de Santa Teresa, áun renegando de toda religion positiva, áun no creyendo en lo sobrenatural, hay todavía mucho que aprender, y no poco de que maravillarse; y que, si no fuese por esto, el lenguaje y el estilo no valdrian nada, pues no se conciben sin pensamientos elevados y contenido sustancial, y sin sentir conforme al nuestro, esto es, humano y propio y vivo siempre en todas las edades y en todas las civilizaciones, miéntras nuestro sér y condicion natural duren y persistan.

Pasando de lo general de esta sentencia á su aplicacion á las obras de la Santa, ¿qué duda tiene que hay en todas ellas, en la *Vida*, en *El Camino de perfeccion*, en los *Conceptos de amor divino* y en las *Cartas* y en *Las Moradas*, un interés inmortal, un valer imperecedero, y verdades que no se negarán nunca, y bellezas de fondo, que las bellezas de la forma no mejoran sino hacen patentes y visibles?

La teología mística, en lo esencial, y dentro de la más severa ortodoxia católica, tenía que ser la misma en todos los autores; pero ¿cuánta originalidad y cuánta novedad no hay en los métodos de explicacion de la ciencia? ¿Qué riqueza de pensamientos no cabe y no se descubre en los caminos por donde la Santa llega á la ciencia, la comprende y la enseña y declara? Para Santa Teresa es todo ello una ciencia de observacion, que descubre ó inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la

oscuridad, iluminándolo todo con luz clara, y estudiando y reconociendo su sér interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere.

Rousselot concede á nuestros místicos, y sobre todo á Santa Teresa, este gran valor psicológico: la compara con Descartes: dice que Leibniz la admiraba; pero Rousselot niega casi la trascendencia, la virtud, la inspiracion metafísica de la Santa.

Puntos son estos tan difíciles, que ni son para tratados de ligera, ni por pluma tan mal cortada é inteligencia tan baja como la mia.

Me limitaré sólo á decir, no que sé y demuestro, sino que creo y columbro en *Las Moradas*, la más penetrante intuicion de la ciencia fundamental y trascendente; y que la Santa, por el camino del conocimiento propio, ha llegado á la cumbre de la metafísica, y tiene la vision intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera é irresistible aparicion de la verdad en la palabra misma.

El alma de la Santa es un alma hermosísima, que ella nos muestra con sencillo candor: esta es su psicología: pero, hundiéndose luégo la Santa en los abismos de esa alma, nos arrebata en pos de sí, y ya no es su alma lo que vemos, sin dejar de ver su alma, sino algo más inmenso que el éter infinito, y más rico que el universo, y más luminoso que un mar de soles. La mente se pierde y se confunde con lo divino; mas no queda allí aniquilada é inerte; allí entiende aunque es pasiva; pero luégo resurge y vuelve al mundo pequeño y grosero en que vive con el cuerpo, corroborada por aquel baño celestial, y capacitada y pronta para la accion, para el bien

y para las luchas y victorias que debe empeñar y ganar en esta existencia terrena.

Lo que la Santa escribe como quien cuenta una peregrinacion misteriosa, lo que refiere como refiere el viajero lo que ha visto, cuando vuelve de su viaje, no ganaria, á mi ver, reducido á un órden dialéctico; ántes perderia: pero sería, sin duda, provechoso que persona hábil acertase á hacer este estudio para probar que hay una filosofía de Santa Teresa.

Yo, señores académicos, deseoso de responder pronto y lo ménos mal que pudiera á mi pariente y amigo, me comprometí para hacerlo hoy, sin contar con los males y desazones que en estos dias han caido sobre mí. He tenido poco tiempo de que disponer: tres dias no más. Por esto he sido más desordenado é incoherente que de costumbre. Vosotros, con vuestra indulgencia acostumbrada, me lo perdonareis. Así me lo perdone tambien este escogido auditorio, y el público luégo.

La misma priesa me ha hecho ser más extenso de lo que pensaba. Para decir algo sin escribir ó hablar mucho, se requiere ó tiempo y meditacion, ó gran brío de la mente: y todo me ha faltado.

Por dicha, el Conde de Casa-Valencia, con el discurso que leyó ántes, recompensó, con paga adelantada y no viciosa, la paciencia que gastásteis en oirme; y no dudo que seguirá pagando este favor, auxiliándonos en nuestras tareas, con la discrecion y laboriosidad que le son propias y con la erudicion y el ingenio de que nos ha dado hoy gallarda muestra.